

Maupassant

la mancebia



Antología de cuentos publicada en Barcelona en la década de los años veinte (con un precio de 1.10 pesetas). No hay traductor identificable. El título del libro es una traducción libre del título del primer cuento: «La casa Tellier». Este libro electrónico parte del trabajo de digitalización que se encuentra almacenado en los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

«La casa Tellier» es una casa pública de pueblo regentada por la viuda Tellier con cinco mujeres a su cargo, tan importante como la iglesia o el consistorio. Un día cierra sus puertas debido a un viaje realizado por sus habitantes; los parroquianos ven alteradas sus vidas por esta ausencia. La reapertura será todo un suceso.



Guy de Maupassant

La mancebía

ePub r1.0
Titivillus 30.01.2018

Título original: *La Maison Tellier*

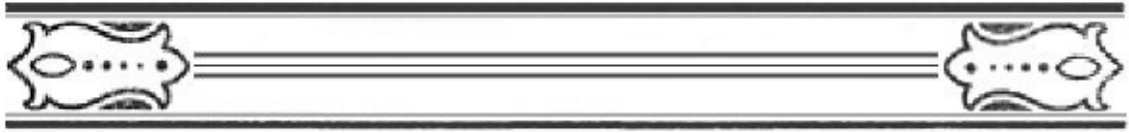
Guy de Maupassant, 1881

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





LA MANCEBÍA

(LA MAISON TELLIER)

I

Iban allí todas las noches a las once como quien va al café.

Se encontraban habitualmente seis u ocho, siempre los mismos. No eran calaveras, sino hombres serios, Comerciantes y jóvenes tranquilos de la ciudad, que tomaban su *Chartreuse* bromeando con las pupilas o hablaban seriamente con la *Señora* que todo el mundo respetaba.

Luego se retiraban a dormir antes que sonase la medianoche. Los jóvenes solían quedarse algunas veces un rato más.

La casa tenía un ambiente familiar; era pequeña, pintada de amarillo, ocupaba el ángulo saliente de una calle detrás de la iglesia de San Esteban y por las ventanas se veía el puerto lleno de navíos a la descarga, la gran laguna de agua salada llamada *la Retenida* y detrás la casa de la Virgen con su vieja capilla toda gris.

La *Señora*, procedente de una respetable familia de campesinos del departamento de *L'Eure*, había aceptado esta profesión con tanta tranquilidad como se hubiera hecho modista o costurera. El prejuicio contra la prostitución, violento y vivo en las ciudades, no existe verdaderamente en la campiña normanda. El labrador dice: —«Es un buen oficio», y envía a su hija a dirigir un harem de muchachas, como la enviaría a ponerse al frente de un colegio de señoritas.

Esta casa la había adquirido por herencia de un fío viejo que la poseía. El *Señor* y la *Señora* que eran antes de esto posaderos cerca del Ivetot, liquidaron inmediatamente su establecimiento, juzgando el nuevo negocio de Fécamp más ventajoso para ellos. Y una mañana se presentaron los dos para tomar la dirección de la mancebía, cuya buena marcha peligraba en ausencia de los amos.

Era una pareja respetable y tranquila, que se hizo amar inmediatamente por el personal y los vecinos.

El *Seriar* murió de una apoplejía dos años después. Como su nueva profesión le tenía en la molicie y la inmovilidad, engordó terriblemente hasta el punto de matarle

el exceso de salud.

La *Señora*, al quedar viuda, era deseada por todos los parroquianos del establecimiento; pero era prudente en extremo y sus mismas pensionistas no pudieron descubrir en ella desliz alguno.

Era de gran estatura, carnosa y fresca. Su tez había palidecido en la obscuridad de aquellas habitaciones siempre cerradas, brillando como bajo una capa de barniz grasiento. Un corto flequillo de cabellos postizos, alborotados y rizados, rodeaba su frente y le daban un aspecto juvenil que contrastaba con la madurez de sus formas. Siempre alegre y con un gesto de franqueza gustaba muchos a los parroquianos, añadiendo a esto cierta pudibundez que sus nuevas ocupaciones no habían podido desvanecer. Las palabras impúdicas la hacían torcer el gesto, y cuando algún muchacho mal educado llamaba el establecimiento por su nombre, ella se enfadaba, protestando con indignación. En una palabra: se presentaba como un alma delicada, y aunque trataba a sus pupilas como amigas, no se ocultaba para decir que ella era de distinta clase que las otras.

Algunas veces, durante la semana, alquilaba un carruaje y con una parte de su tropa femenil iba a pasar el día sobre el césped, al borde de un arroyo que serpenteaba en los barrancos de Valmont. Eran aquellas giras como paseos regocijados de colegialas en libertad: carreras locas, juegos infantiles, una alegría de reclusas embriagadas por el aire de los campos. Comían fiambres sobre los pedruscos, bebían sidra y al anochecer volvían al establecimiento con una fatiga deliciosa, una ternura dulce, y en el carruaje besaban a la *Señora*, que sonreía como una buena madre llena de mansedumbre y de complacencia.

La casa tenía dos entradas. En el piso bajo una especie de cafetín, se abría por la noche para la gente del pueblo y los marineros. Dos de las personas encargados del comercio especial de la casa, estaban destinadas particularmente a las necesidades de esta parte de la clientela. Servían con la ayuda de un camarero llamado Federico (un muchacho rubio, pequeño, imberbe y forzado como un buey), las botellas de vino y de cerveza sobre al mármol de las mesas cojas; y con los brazos en torno del cuello de los parroquianos, sentadas al través sobre sus piernas ayudaban al consumo de las bebidas para mayor negocio de la casa.

Las otras tres muchachas (sólo eran cinco pupilas en la casa) formaban una especie de aristocracia y estaban reservadas a la tertulia del piso superior, a menos que abajo no hubiese necesidad de ellas.

El salón de Júpiter, donde se reunían los burgueses habitualmente, estaba tapizado de papel azul y adornado con un gran dibujo representando a Leda tendida ante el cisne. Se llegaba a esta habitación por una escalera de caracol, a la que servía de entrada una puerta estrecha que daba a la calle; una puerta de apariencia humilde, sobre la cual brillaba toda la noche detrás de un enrejado una pequeña linterna como

esas que todavía alumbran en ciertas ciudades los retablos de las vírgenes.

El edificio, húmedo y viejo, tenía el olor particular de la mancebía. En algunos momentos una bocanada de agua de Colonia circulaba por los corredores o bien una puerta entreabierta abajo hacía estallar en todo el edificio como una explosión de trueno los gritos de los hombres que bebían en el cafetín, produciendo en las caras de los señores del primero un gesto de inquietud y disgusto.

La *Señora*, familiar con los clientes distinguidos que formaban su tertulia, no abandonaba nunca su salón, interesándose por todos los rumores de la ciudad, de los que le enteraban aquellos amigos. Su conversación grave contrastaba con las palabras insustanciales de sus tres pupilas: la escuchaban con respeto los burgueses panzudos que cada noche llegaban con puntualidad a aquella orgía honrada y mediocre, consistente en unas cuantas copas de licor bebidas en compañía de muchachas públicas.

Las tres mujeres del primer piso se llamaban Fernanda, Rafaela y Rosa la *Roja*.

Como el personal no era abundante, se había buscado que cada una de ellas fuese como una muestra, un resumen del tipo femenino, con el fin de que cada consumidor pudiera encontrar con más o menos exactitud la realización de su ideal.

Fernanda representaba la *rubia hermosota*, muy alta, casi obesa, hija de los campos, en cuya piel las manchas rojas no querían desaparecer y cuya cabellera lacia, clara y sin color, semejante a la de una cabra pintada, apenas si la cubría el cráneo.

Rafaela, una marsellesa que había rodado por muchas puertas desempeñando el papel de *hermosa judía*, delgada, con una cara angulosa, pintarrajeada de rojo. Sus cabellos negros, cargados de pomada, formaban anchos *bandos* sobre sus sienes. Sus ojos hubieran resultado hermosos si el derecho no estuviese marcado con una mancha. Su nariz arqueada caía sobre una mandíbula saliente, en la cual dos dientes nuevos se destacaban sobre los otros que, al envejecer, habían tomado el tinte amarillento de la madera vieja.

Rosa la *Roja*, una pequeña bola de carne, toda vientre, con unas piernas minúsculas, cantaba de la mañana a la noche con una voz chillona, canciones tan pronto alegres como sentimentales. Contaba historias interminables e insignificantes, cesaba de hablar sólo para comer, y de comer sólo para hablar; movíase como una ardilla, a pesar de su grasa y de la exigüidad de sus patas, y su risa, una cascada de agudos gritos estallaba sin cesar tan pronto aquí como allá en una habitación, en el granero, en el café, en todas partes y a propósito de nada.

Las dos mujeres del piso bajo, Luisa, por sobrenombre *Cocote*, y Flora, llamada *Mecedora* porque cojeaba un poco; la una siempre vestida de *Libertad*, con un cinturón tricolor; la otra de española de fantasía, con sartas de zequíes de cobre, que danzaban entre sus cabellos a cada uno de sus pasos desiguales, tenían un aire de muchachas de cocina disfrazadas para un carnaval. Semejantes a todas las mujeres del pueblo, ni más feas, ni más hermosas, verdaderas sirvientas de posada, las gentes del puerto las designaban con el apodo de las dos Bombas.

Una paz celosa, raramente turbada, reinaba entre las cinco mujeres, gracias a la sabiduría conciliante de la *Señora* y a su inextinguible buen humor.

El establecimiento, único en la pequeña ciudad, era asiduamente frecuentado. La *Señora* había sabido darle un aspecto tan conveniente; se mostraba tan amable y tan discreta con todo el mundo; su buen corazón era tan conocido, que una especie de consideración general la rodeaba. Los habituales parroquianos consideraban como un triunfo el que ella les distinguiese con una amistad especial, y cuando en el curso de sus negocios se encontraban durante el día, decíanse con naturalidad: «Esta noche donde sabéis», como quien dice: «En el café nos veremos después de comer.»

En fin, la casa de la Tellier era un recurso y raramente faltaba algún parroquiano a la cita cotidiana.

Pero una noche, a fines del mes de mayo, el que primero llegó, Mr. Poulin, almacenista de maderas y antiguo alcalde, encontró la puerta cerrada. La pequeña linterna detrás de su rejilla estaba apagada: ningún ruido salía de la casa, que parecía muerta. Llamó: primero con dulzura, después con fuerza: nadie respondió. Entonces se alejó a pequeños pasos, y al llegar a la plaza del Mercado encontró a Mr. Duvert, el armador, que se dirigía al mismo sitio. Los dos retrocedieron hasta la casa sin conseguir más éxito.

Un gran estrépito estalló cerca de ellos, y al volver una esquina vieron un gran grupo de marineros ingleses y franceses que llamaban a puñetazos en las ventanas cerradas del café.

Los dos burgueses huyeron para no verse comprometidos; pero un ligero *¡psih!* les detuvo. Era Mr. Tournevau, el salador de pescado, que los había reconocido y les llamaba. Le dijeron lo que ocurría y se mostró muy afectado por la noticia, pues él, como casado y padre de familia, muy vigilado por los suyos, no iba allí más que los sábados «*securitatis causa*», como decía él haciendo alusión a una medida de policía sanitaria de la cual su amigo el doctor Borde, empleado en la higiene, le había revelado la periodicidad de las visitas de inspección. El sábado era su día y se iba a encontrar privado por toda la semana.

Los tres hombres dieron un gran paseo hasta el muelle, encontrando al paso al joven Mr. Philippe, hijo del banquero y un parroquiano como ellos y a Mr. Pimpesse, el cobrador de contribuciones.

Todos juntos volvieron para ensayar una nueva tentativa. Pero los marineros, exasperados, ponían sitio a la casa, arrojaban piedras aullando, y los cinco clientes del primer piso, desandando el camino a toda prisa, se dieron a errar por las calles.

Encontraron aún a otros compañeros de tertulia, Mr. Dupuis, el agente de seguros; después a Mr. Vasse, el juez del tribunal de comercio, y comenzaron un largo paseo que los condujo a la orilla del mar. Se sentaron sobre el parapeto de granito y contemplaron el amontonamiento de las olas, la espuma sobre la cresta de las olas, trazaba en la sombra blancuras luminosas, deshechas tan pronto como aparecidas, y el monótono ruido del mar rompiendo contra las rotas se prolongaba en la lóbreguez

de la noche a todo lo largo de la costa.

Después que los tristes paseantes hubieron guardado un largo silencio, Mr. Tournevau murmuró: —«Esto no es muy alegre». —«Cierto que no», repuso Mr. Pimpesse, y volvieron a caminar a grandes pasos.

Después de haber seguido a lo largo la calle que domina la costa, volvieron por el puente sobre la laguna, pasaron por cerca del camino de hierro entraron en la plaza del Mercado, donde de repente comenzó una querella entre el cobrador de contribuciones y el comerciante de salazón a propósito de unas setas comestibles que uno de los dos afirmaba haber encontrado en los alrededores.

Los ánimos estaban agriados por el fastidio y los dos hubiesen llegado a darse de bofetadas a no ser por la intervención de los otros. Mr. Pimpesse, se retiró furioso, y al poco rato una nueva querella se promovió entre el antiguo alcalde Mr. Poulin y el agente de seguros Mr. Dupuis a propósito de los derechos que percibía el cobrador de contribuciones y los beneficios que éstos le dejaban. Las palabras gruesas, los insultos llovían de ambos lados, cuando de repente se desencadenó una tempestad de gritos formidables, y un grupo de marineros, fatigados de esperar en vano delante de la cerrada mancebía, desembocó en la plaza. Iban de dos en dos, cogidos del brazo, formando una larga procesión y vociferaban furiosamente. El grupo de burgueses se ocultó en una puerta, y la horda vociferante desapareció con dirección a la abadía. Por mucho rato se escuchó su clamor, disminuyendo como una tempestad que se aleja, y al fin se restableció el silencio.

Mr. Poulin y Mr. Dupuis, enfurecidos el uno contra el otro, partieron cada uno por su lado sin saludarse.

Los otros cuatro siguieron su marcha, dirigiéndose a la casa de la Tellier. Seguía cerrada, muda, impenetrable. Un borracho, tranquilo y obstinado, daba golpecitos en la puerta del cafetín y cesaba de pronto de tocar para llamar a media voz a Federico el camarero. Viendo que no le respondían, acabó por sentarse en el umbral de la puerta, esperando pacientemente los acontecimientos.

Los burgueses iban a retirarse, cuando la banda tumultuosa de gente del puerto volvió a aparecer al extremo de la calle. Los marineros franceses rugían la *Marsellesa* y los ingleses el *Rule Britannia*. Sonó un repique furioso de golpes contra las puertas de la mancebía, y después aquella horda de brutos siguió su marcha hacia el muelle, donde estalló una verdadera batalla entre los marineros de las dos naciones. De la riña resultó un inglés con un brazo roto y un francés con la nariz cortada.

El borracho, sentado en la puerta, lloraba mientras tanto, como lloran los ebrios o los niños contrariados.

Los burgueses acabaron por dispersarse.

Poco a poco volvió la calma sobre la alterada ciudad. De plaza en plaza todavía se elevaba en algunos instantes un ruido de voces que se extinguía a lo lejos.

Sólo un hombre siguió errante por las calles; Mr. Tournevau, el comerciante de salazón, desolado por tener que aguardar hasta el próximo sábado, esperaba, no sabía qué azar, no comprendiendo aquella ausencia; indignándose contra la policía que había permitido la clausura de un establecimiento de utilidad pública, vigilada por ella y sometido a su guardia.

Volvió a la mancebía, examinando sus muros, buscando la razón de aquel suceso, y al final encontró un anuncio pegado en la puerta del café.

A toda prisa encendió una cerilla y levó estas palabras trazadas en un pedazo de papel, con una escritura desigual:

CERRADO POR CAUSA DE PRIMERA COMUNIÓN
--

Entonces se alejó comprendiendo que era inútil esperar.

El borracho dormía extendido todo lo largo que era, al través de la puerta inhospitalaria.

Y al día siguiente todos los parroquianos buscaron un pretexto para pasar por la calle, con papeles bajo el brazo, ofreciendo el aspecto de simples transeúntes, y con una ojeada furtiva, cada cual leyó la advertencia misteriosa: «*Cerrado por causa de primera comunión*».

II

Era que la *Señora* tenía un hermano carpintero establecido en su pueblo natal, Virville, en el departamento de L'Eure. En los tiempos que ella era posadera en Ivetot, había sostenido ante la pila bautismal una hija de este hermano, a la que puso por nombre Constanza. El carpintero, que sabía que su hermana estaba en buena posición, no la perdía de vista, aunque no se encontraban con frecuencia, retenidos como estaban cada uno por sus ocupaciones y habitando lejos el uno del otro. Pero como la niña tenía ya doce años e iba a hacer su primera comunión, el carpintero aprovechó la circunstancia para aproximarse más a su hermana, y la escribió manifestando que contaba con su presencia para la ceremonia. Casi toda la familia había muerto, y ella, que era la madrina, no debía rehusar este favor a su ahijada. La Tellier aceptó. Su hermano, que se llamaba José, esperaba en fuerza de halagos y homenajes, obtener de ella un testamento en favor de la pequeña, ya que no tenía hijos.

La profesión de su hermana no le inspiraba escrúpulos; además, en el pueblo nadie sabía la verdad. Hablando de ella, los vecinos sólo decían con respecto: «Madame Tellier es una burguesa de Fécamp», lo que hacía suponer que vivía de sus

rentas. De Fécamp a Virville había por lo menos una veintena de leguas, y veinte leguas de tierra son más difíciles de franquear para un labriego que todo el Océano para un hombre de ciudad. Las gentes de Virville, jamás habían pasado de Rouen; y a los vecinos de Fécamp nada se les había perdido en aquel pueblecito de quinientos vecinos, perdido en medio de las llanuras y perteneciente a otro departamento. En fin, que nadie sabía nada.

Al aproximarse la época de la comunión, la *Señora* sentía una gran inquietud. Como no tenía en su casa una segunda ama, no podía abandonar ni un sólo día el establecimiento. Si ella se iba sola, las rivalidades entre las pupilas del piso bajo y las del principal estallarían inmediatamente; además, Federico se emborracharía, y cuando estaba ebrio, les pegaba a los parroquianos por el motivo más insignificante. Todo esto la decidió a llevar consigo en el viaje a toda su gente, exceptuando al criado, a quien dejó en libertad hasta el siguiente día.

El hermano, al ser consultado, no presentó objeción alguna, y se encargó de alojar la compañía entera por una noche.

El sábado por la mañana, el tren exprés de las ocho se llevó a la *Señora* y sus pupilas en un vagón de segunda clase.

Hasta Beureville fueron solas y bromearon como si estuvieran en su casa, pero en esta estación subió un matrimonio. El hombre era un labriego anciano, con blusa azul de mangas cerradas sobre los puños, bordadas de blanco y un gran cuello. Llevaba un gran sombrero de copa con el pelo erizado: en una mano un inmenso paraguas verde y en otra un canasto por el que asomaban las cabezas asombradas de tres patos. La mujer, sórdidamente vestida, tenía un rostro de gallo, con una nariz puntiaguda como un pico. Estaba sentada delante de su hombre y permanecía muda, asombrada y tímida al verse entre señoras tan elegantes.

El vagón estaba, en efecto, como inundado por un torrente de chillones colores. La *Señora*, vestida de seda azul de cabeza a pies, llevaba encima un chal de falsa cachemira, rojo, fulgurante, de un brillo escandaloso que quitaba la vista. Fernanda bufaba de sofocación dentro de un traje escocés, en el cual, el cuerpo apretado por sus compañeras, oprimía su enorme pecho formando una doble cúpula continuamente agitada y que parecía líquida al temblar bajo la tela.

Rafaela ostentaba un sombrero emplumado, figurando un nido lleno de pájaros, y llevaba un traje de color de lila con adornos de oro, algo de oriental que sentara bien a su fisonomía de judía. Rosa la *Roja*, con una falda de color de rosa, con anchos volantes, tenía el aspecto de una niña desmesuradamente gruesa, de una enana de monstruosa obesidad; y las dos Bombas parecían haberse cortado sus trajes estrafalarios de esas viejas cortinas con complicados ramajes anteriores a la Restauración.

Así que vieron que ya no estaban solas en el departamento, todas ellas adoptaron una actitud digna y grave y comenzaron a hablar de cosas elevadas para que las tuvieran en buena opinión.

Pero en Bolbec apareció un señor con patillas rubias, sortijas y cadena de oro que metió en las cornisas de red del vagón varios paquetes envueltos en hule. Tenía aire de bromista y de muchacho franco. Saludó a las mujeres y preguntó con naturalidad:

—¿Es que las señoras mudan de guarnición?

Esta pregunta produjo en el grupo gran confusión y embarazo. La *Señora*, en fin, recobró su serenidad y respondió secamente por vengar el honor del cuerpo.

—Podía ser usted mejor educado.

—Perdone usted: quería decir si cambian de monasterio.

La *Señora* no encontró nada que replicar, y juzgando sin duda suficiente la rectificación, hizo un saludo digno y cerró la boca.

Entonces el señor que estaba sentado entre Rosa la *Roja* y el viejo labriego, comenzó a hacer muecas a los tres patos que sacaban sus cuellos de la canasta. En cuanto vio que había llamado la atención de su público, comenzó a hacer cosquillas a los animales, dirigiéndoles discursos incoherentes para divertir a la concurrencia.

—Conque hemos dejado a nuestra madre en el corral, ¡pat!, ¡pat!, ¡pat!... Conque queremos trabar conocimiento con el asador... ¡pat!, ¡pat!, ¡pat!...

Los pobres animales volvían el cuello para evitar las cosquillas, hacían grandes esfuerzos para salir de su prisión de mimbres y, por fin, los tres lanzaron su grito como una lamentación para que aquel farsante les dejara quietos.

—¡Pat!, ¡pat!, ¡pat!...

Al gritar los patos sonó una explosión de risas entre las mujeres. Se empujaban, se amontonaban unas sobre otras para ver mejor: se interesaban locamente por los patos, y el señor de las patillas rubias redoblaba sus gracias para hacerlas reír.

Rosa se mezcló en la fiesta, y pasando casi por debajo de las piernas de aquel señor besó a los tres animales en el pico. Entonces cada mujer quiso besarlos por turno, y el de las patillas las hacía sentar para ello sobre sus rodillas, las hacía saltar, las pellizcaba y acabó tuteándolas.

Los dos labriegos, más aturcidos aun que sus aves ante aquellas confianzas, rodaban sus ojos asombrados, mientras sus arrugadas caras no osaban sonreír ni estremecerse.

El señor alegre, que era un comisionista de comercio, ofreció por broma un surtido de tirantes para pantalones a todas las señoras, y cogiendo uno de sus paquetes lo abrió. Era una astucia: el paquete era de ligas.

Las había de seda azul, seda rosa y roja, seda violeta, seda malva, con hebillas de metal, formadas por dos amorcillos dorados. Las mujeres lanzaron gritos de alegría y después examinaron con seriedad aquellas muestras, dominadas por esa gravedad que

siente toda mujer al manosear un objeto para su adorno. Se consultaban con el rabillo del ojo, contestándose con palabras apenas murmuradas, mientras la *Señora* manejaba con envidia un par de ligas de color naranja, más anchas, más imponentes que las otras: verdaderas ligas de ama.

El alegre comisionista aguardaba, acariciando una idea.

—Vamos, gatitas mías: hay que probarlas para ver si ajustan.

Contestaron con una tempestad de exclamaciones, indignadas, apretando sus faldas contra sus piernas, como si fuesen a ser violadas.

Él, tranquilo, esperaba vencer y declaró:

—¿Es qué no queréis?... Pues vuelvo a empaquetar.

Y añadió después con finura.

—Yo regalo un par a la que deje que se lo pruebe.

Pero ellas no aceptaban, mostrándose dignas, serias y con el cuerpo erguido. Las dos Bombas parecían, sin embargo, muy tristes porque el señor no renovaba su proposición. Flora la *Mecedora*, especialmente, torturada por el deseo no ocultaba su indecisión. Él la acosó.

—Vamos, hija mía: un poco de coraje. Este par de color lila irá muy bien con tu traje.

Entonces ella se decidió y levantando sus ropas mostró una pierna fuerte de campesina, mal ajustada por una media grosera. El comisionista, inclinándose, le puso las ligas por encima de las rodillas, después más arriba, cosquilleando dulcemente a la muchacha, haciéndola lanzar débiles gritos acompañados de bruscos estremecimientos. Cuando hubo concluido, la entregó el par de ligas lila, preguntando:

—¿A quién toca ahora?

Todas contestaron al mismo tiempo:

—¡A mí!, ¡a mí!

Comenzó por Rosa la *Roja*, que descubrió una cosa informe, redonda, sin tobillo; un verdadero *pastel de pierna*, como decía Rafaela. Fernanda fue felicitada por el comisionista, que se mostró entusiasmado ante sus robustas columnas. Las secas tibias de la bella judía alcanzaron menos éxito. Luisa *Cocote*, por broma, echó su falda por encima de la cabeza del comisionista, cuando éste se inclinaba para probarle las ligas, y la *Señora* tuvo que intervenir para que no pasase adelante este espectáculo inconveniente. En fin, hasta la *Señora* enseñó su pierna, una hermosa pierna gruesa y musculosa, y el viajero, sorprendido y entusiasmado ante la oculta belleza de la grave dama, se quitó el sombrero, saludando caballerescamente la soberbia pantorrilla.

Los dos labriegos, mudos y asombrados, miraban de reojo y se mostraban en su aturdimiento tan semejantes a sus patos, que el hombre de las patillas rubias, al terminar su faena y levantarse gritó en sus propias narices: «¡Pat!, ¡pat!, ¡pat!» lo que desencadenó de nuevo en el vagón un huracán de alegría.

El alegre comisionista descendió en Rouen, después de haberse mostrado tan

atrevido y grosero, que la *Señora* tuvo que ponerse seria, restableciendo las distancias. Después dijo a su tropa como moraleja:

—Esto nos enseñará a no ciar conversación al primero que llega.

En Oissel cambiaron de tren, y en la estación siguiente encontraron a José, el hermano de la Señora, que las esperaba en una gran carreta llena de sillas y tirada por un caballo blanco.

El carpintero besó amablemente a todas aquellas señoras y las ayudó a montar en el carro. Tres se sentaron en tres sillas del fondo; Rafaela, la Señora y su hermano se colocaron delante, y Rosa, no encontrando sitio se dejó caer quiera o no, sobre las rodillas de la gran Fernanda. El vehículo se puso en movimiento y pronto los baches del camino lo sacudieron de tal modo, que las sillas comenzaron a danzar, lanzando las viajeras a un lado y a otro entre exclamaciones de miedo y agudos chillidos. Se agarraban a las barandillas del carro; sus sombreros caían sobre la espalda o la nariz y el caballo blanco seguía marchando con el cuello tendido y la cola derecha, una cola de rata, sin pelo, con la cual se golpeaba la grupa de vez en cuando. José, con una pierna fuera del carro y la otra doblada, los codos altos y el aire solemne, tenía las riendas, y de su garganta se escapaba a cada instante un grito que hacía mover las orejas al penco, acelerando su marcha.

Era la una de la tarde cuando llegaron a la casa del carpintero. Todas ellas estaban muertas de fatiga y pálidas de hambre, pues no habían tomado nada desde su salida de Fécamp. Madame Rivet, la mujer del carpintero, al verlas llegar se precipitó a su encuentro, las ayudó a descender una después de otra, besándolas así que ponían los pies en tierra, y no paró un momento de halagar con saludos y palabras dulces a su cuñada, que deseaba acaparar. Comieron en el taller, desembarazado de maderas y herramientas para el banquete del día siguiente.

Una buena tortilla y un pollo asado, rociado todo de buena sidra espumosa, devolvió la alegría a todo el mundo. José Rivet había cogido un vaso para brindar, mientras que su mujer servía, guisaba y traía los platos o se los llevaba, murmurando a la oreja de cada una:

—¿Tiene usted bastante?

Los montones de tablas apiladas en los rincones, esparcían un perfume de madera cepillada, un olor de carpintería, cuya respiración resinosa parecía penetrar hasta el fondo de los pulmones.

Aquellas señoritas reclamaban la presencia de la pequeña, pero estaba en la iglesia y no volvería hasta la noche.

La compañía salió entonces para dar un paseo por el pueblo.

Era, en resumen, un pueblecito atravesado por un camino. Una docena de casas alineadas a lo largo de esta vía única, cobijaban a los comerciantes de la localidad, el carnicero, el tabernero, el cafetero, el zapatero y el panadero. La iglesia, al final de esta especie de calle, estaba rodeada de un estrecho cementerio, y cuatro tilos enormes plantados ante su portada, cobijaban todo el templo. Era una construcción de

sílex cortado, sin estilo alguno, coronada por un campanario con montera de tejas.

Después de ella volvía a comenzar la campiña, cortada aquí y allá por grupos de árboles tras los cuales se ocultaban las granjas.

Rivet por ceremonia, y aunque iba en traje de obrero, había tomado el brazo de su hermana, a la que paseaba con fiera majestad. Su mujer, emocionada por el traje con adornos dorados de Rafaela, se había colocado entre ella y Fernanda. La gorda Rosa frotaba detrás con Luisa *Cocote* y Flora la *Mecedora*, que extenuada de cansancio, cojeaba más que nunca.

Los vecinos se asomaban a las puertas; los niños suspendían sus juegos; las cortinas curiosamente levantadas dejaban ver cabezas con bonetes de indiana, una vieja con muleta y casi ciega se persignó como si pasase una procesión y todos seguían con la mirada mucho tiempo aquel desfile de hermosas señoras de ciudad, venidas de muy lejos para la primera comunión de la pequeña de José Rivet. Una inmensa consideración de todo el pueblo circundaba al carpintero.

Pasando ante la iglesia oyeron voces de niños; un cántico dirigido al cielo por vocecitas agudas y algo discordantes; pero la *Señora* impidió a sus compañeras que entrasen, no queriendo turbar a aquellos querubines.

Después de un paseo por la campiña y de hacer la enumeración de las principales propiedades, del rendimiento de la tierra y de la fecundidad del ganado, José Rivet volvió a casa con su rebaño de mujeres, ocupándose en los detalles de instalación.

La casa era pequeña y las había repartido de dos en dos por todas las habitaciones.

Rivet dormiría en el taller sobre los bancos; la mujer partiría su cama con la cuñada y en la habitación inmediata Fernanda y Rafaela se acostarían juntas. Luisa y Flora se encontraron instaladas en la cocina, sobre un colchón en el suelo, y la redonda Rosa ocuparía sola un cuarto oscuro, debajo de la escalera, junto a la puerta de un tugurio estrecho donde por aquella noche dormiría la comulgante.

Cuando entró la niña, de vuelta de la iglesia, cayó sobre ella una lluvia de besos. Todas las mujeres querían acariciarla con esa necesidad de expansión tierna, esa costumbre profesional de los mimos que en el vagón las había hecho besar a los patos. Cada una quería coger la niña; la sentaban sobre sus rodillas, acariciaban sus cabellos rubios y la estrechaban de nuevo entre sus brazos con arranques de afección vehemente y espontánea. La niña, humilde y silenciosa, como penetrada de piedad y fortificada por la absolución, se dejaba manosear con paciencia y recogimiento.

Como el día había sido pesado para todos, se acostaron temprano. Ese silencio sin límites de los campos, que nene algo de religioso, envolvió al pueblecito: era un silencio tranquilo, penetrante, inmenso, que parecía llegar hasta los astros. Las muchachas de la Tellier, acostumbradas a las veladas tumultuosas de la casa pública, se sentían emocionadas por el mudo reposo de la campiña dormida. Sentían en la piel

intensos estremecimientos, no de frío, sino los estremecimientos de la soledad, venidos de su corazón inquieto y turbado.

Así que se vieron en la cama, por parejas se abrazaron estrechamente, como para defenderse de aquella invasión de la calma y el profundo sueño de la tierra. Pero Rosa la *Roja*, sola en su cuarto oscuro y poco acostumbrada a dormir con los brazos vacíos, se sentía poseída por una emoción vaga y penosa. Se revolvía en su camastro, sin poder atrapar el sueño; cuando de pronto oyó cerca de ella débiles sollozos como de un niño que llora. Asustada, llamó con voz débil y una vocecita entrecortada le respondió. Era la niña de la casa, qué, acostumbrada a dormir siempre en el cuarto de su madre, tenía miedo al verse sola.

Rosa se levantó y dulcemente, para no despertar a nadie, fue en busca de la niña. La trasladó a su caliente cama, la apretó contra su desbordante pecho, y besándola la arrulló, la envolvió en su ternura de exageradas manifestaciones, hasta que poco a poco acabó durmiéndose. Y hasta el amanecer, la comulgante reposó su frente sobre el seno desnudo de la prostituta.

A las cinco de la mañana, la hora del Angelus, la campana de la iglesia, sonando a todo vuelo, despertó a aquellas señoras que dormían ordinariamente hasta mediodía, para reponerse de las fatigas nocturnas. Los habitantes del pueblo estaban ya en pie. Las vecinas iban muy atareadas de puerta en puerta hablando vivamente, llevando sobre sus brazos con precaución las faldas blancas de muselina, planchadas y tiasas como cartón, los cirios desmesurados con un lazo en medio de seda con franja de oro y muescas en la cera, indicando por donde debía agarrarlos la mano. Las aves de corral se paseaban por delante de las casas, y entre medio de los grupos de gallinas un gallo negro, de cuello reluciente, levantaba su cabeza con cimera de púrpura y batía las alas, lanzando al viento su trompeteo ruidoso, que repetían mas lejos otros gallos.

Llegaban las carretas de los pueblos vecinos descargando ante las puertas de las casas las robustas normandas de faldas sombrías, con el fichú cruzado sobre el pecho y retenido por un imperdible de plata secular. Los hombres habían adosado para el viaje su blusa azul de trabajo, sobre la levitilla nueva o el antiguo frac de patio verde, cuyos faldones asomaban por bajo.

Cuando los caballos hubieron desaparecido en las cuadras, quedaron inmóviles a todo lo largo de la calle y formando doble fila, carretones, carretas, cabriolets, tilburys, carruajes, en fin, de todas formas, ciases y edades, con la nariz en el polvo o la parte trasera en tierra y las barras apuntando al cielo.

La casa del carpintero estaba agitada por la actividad matinal. Aquellas señoras, en refajo y chambra, los cabellos extendidos sobre la espalda, cabellos claros y cortos que parecían roídos por el manoseo, se ocupaban en vestir a la niña.

La pequeña, de pie sobre una mesa, no se movía apenas, mientras madame Tellier dirigía los movimientos de su batallón volante. La lavaron, la peinaron, la rizaron, la vistieron, y con un sinnúmero de alfileres repartieron los pliegues de la falda, estrecharon el talle demasiado amplio y dieron elegancia, a su manera, a la *toilette*.

Cuando todo estuvo terminado, hicieron sentar a la paciente, recomendándola que no se moviese, y la agitada tropa de mujeres corrió por su parte a vestirse.

La campana volvió a sonar, y su ruido agudo triste de campana pobre se perdía al través del cielo como una voz demasiado débil que se ahogaba en la inmensidad azul.

Las comulgantes salían de sus casas con dirección a la casa municipal, donde estaban las dos escuelas y la alcaldía. Este edificio estaba a un extremo del pueblo y la «casa de Dios» al otro extremo.

Los padres, en traje de fiesta y con esos movimientos torpes de los cuerpos encorvados por el trabajo, seguían a sus pequeños. Las niñas desaparecían en una nube de tela blanca, mientras los niños, semejantes a pequeños camareros de café, con la cabeza cargada de pomada, marchaban a su lado tímidamente y con las piernas tiesas para no manchar el pantalón negro.

Era una gloria para la familia que un gran número de parientes, venidos de lejos, rodeasen al niño o la niña; por esto el triunfo del carpintero fue completo. El regimiento Tellier, con el ama a la cabeza, seguía a Constanza. El padre daba el brazo a su hermana, la madre marchaba al lado de Rafaela, Fernanda con Rosa, las dos Bombas al final, y así se desplegaba toda la compañía majestuosamente como un estado mayor en gran uniforme.

El efecto causado sobre el pueblo fue inmenso.

En la escuela las niñas se formaron, siguiendo la caperuza cornuda de la Hermana; los niños detrás del maestro, y los dos grupos se pusieron en camino entonando un cántico.

Los niños mayores iban a la cabeza, desfilando entre las dos filas de carruajes abandonados: las niñas detrás, y por último los vecinos, que habían cedido el paso a aquellas señoras de la ciudad por consideración y respeto. El rebaño de la Tellier iba, pues, a continuación de los comulgantes, prolongando su doble fila, tres a la derecha y tres a la izquierda, con sus trajes de estrepitosos colorines, como un fuego de artificio.

Su entrada en la iglesia conmovió a todo el vecindario. Se apretaban y atropellaban por verlas. Las devotas hablaban en voz alta, admiradas y estupefactas por el lujo de aquellas señoras, más doradas y vistosas que las casullas de los chantres.

El alcalde las ofreció el banco del municipio, el primer banco a la derecha después del coro, y madame Tellier tomó asiento con su cuñada Fernanda y Rafaela. Rosa la *Roja* y las dos Bombas ocuparon el segundo banco en compañía del carpintero.

El coro de la iglesia estaba lleno de niños de rodillas; las hembras a un lado y los niños a otro, todos con largos cirios que parecían lanzas inclinadas en todas direcciones.

Delante del facistol tres hombres en pie cantaban con voces profundas. Prolongaban indefinidamente las sílabas del sonoro latín, eternizaban los *Amén* con *a-a* interminables que el fagot sostenía con su nota monótona, semejante a un mugido. De vez en cuando un cura sentado en un sillón y cubierto con bonete, se levantaba, murmuraba cualquier cosa y volvía a sentarse, mientras que los tres chantres volvían a empezar, con los ojos fijos en el librote de canto llano abierto ante ellos y sustentado por las desplegadas alas de una águila de madera sostenida por una columna.

Después se hizo el silencio. Todos los asistentes cayeron de golpe de rodillas y apareció el oficiante, viejo, venerable, con cabellos blancos e inclinado sobre el cáliz que llevaba con la mano izquierda. Delante de él marchaban los dos acólitos con sotana roja, y detrás apareció una turba de chantres, con gruesos zapatos, alineándose a los dos lados del coro.

Una campanilla sonó en medio del silencio. Comenzó el oficio divino. El sacerdote empezó a moverse ante el tabernáculo de oro, haciendo genuflexiones, murmurando con una voz cascada de viejo las plegarias preparatorias. Así que se calló, todos los chantres y el fagot comenzaron a sonar. Entre la concurrencia también cantaban algunos hombres, pero con voz menos fuerte, más humilde como deben cantar los asistentes.

El *Kyrie Eleison* subió hasta el cielo, entonado por todos los pechos y todos los corazones. Granos de polvo y fragmentos de madera caían de la antigua bóveda, conmovida por esta explosión de gritos. El sol que caldeaba las tejas del techo, convertía la iglesia en un horno, y una grande emoción, una atención ansiosa, la proximidad del inefable misterio oprimían el corazón de los niños y la garganta de sus madres.

El cura, que se había sentado algunos momentos, volvió a subir al altar, y con la cabeza descubierta, mostrando sus cabellos de plata y el gesto tembloroso, comenzó el acto sobrenatural.

Se volvió hacia los fieles, y con las manos tendidas hacia ellos, pronunció «*Orate fratres*». Todos oraron. El viejo cura balbucía las palabras misteriosas y supremas; la campanilla seguía sonando; la muchedumbre, prosternada, llamaba a Dios; los niños desfallecían con una ansiedad desmesurada.

Entonces Rosa, con la frente entre las manos, se acordó repentinamente de su madre, de la iglesia de su pueblo y de su primera comunión. Creyó haber vuelto a aquel tiempo, cuando era pequeña y se veía oprimida en su traje blanco y comenzó a llorar.

Lloraba dulcemente; las lágrimas surgían lentamente de sus párpados; después, con los recuerdos, se agrandaba su emoción, y con el cuello hinchado y el pecho tembloroso, rompió a sollozar ruidosamente. Había sacado su pañuelo y se limpiaba

los ojos, se sonaba la nariz y se tapaba la boca para no gritar, rué en vano Una especie de ronquido salió de su garganta, y otros dos suspiros profundos y dolorosos la respondieron, eran sus dos vecinas, tan conmovidas y llorosas como ella. Luisa y Flora, agitadas por idénticos recuerdos del pasado, gemían también entre torrentes de lágrimas.

Y como las lágrimas son contagiosas, madame Tellier sintió por su parte las pupilas húmedas, y volviéndose hacia su cuñada, vio que todas las del banco lloraban igualmente.

Como la llama que esparce el incendio rápidamente en una cosecha madura, las lágrimas de Rosa y sus compañeras se apoderaron en un instante de toda la muchedumbre; hombres, mujeres y viejos, mocetones con blusa nueva, todos lloraban, como si un ser invisible soprase prodigiosamente sobre ellos.

En el coro de la iglesia sonó un golpe seco. La Hermana golpeaba su libro dando la señal de la comunión, y los niños, temblando de fiebre divina, se acercaron a la santa mesa.

Toda una fila se arrodilló. El viejo cura, sosteniendo con una mano el copón de plata dorada, ofrecía entre dos dedos la sagrada hostia, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo. Los pequeños abrían la boca con espasmos y gestos nerviosos, los ojos cerrados y la cara pálida.

Entonces pareció correr por la iglesia una especie de locura, un rumor de muchedumbre en delirio, una tempestad de sollozos y de gritos ahogados. Pasó esto como un soplo de vendaval que encorva los bosques, y el sacerdote siguió en pie, inmóvil, con la hostia en la mano, paralizado por la emoción, diciéndose: «Es Dios, es Dios que está entre nosotros, que manifiesta su presencia, que descende por mi voz hasta este pueblo arrodillado». Y balbucía oraciones sin encontrar las palabras, oraciones del alma con un anhelo furioso de llegar hasta el cielo.

Poco a poco el pueblo se calmó.

Continuaron los cánticos trémulamente, como si los chantres y hasta el mismo fagot hubiesen llorado, hasta que el cura, extendiendo la mano, hizo señal para que callasen, y pasando entre las dos filas de comulgantes, sumidos en el éxtasis de la felicidad, llegó hasta la verla del coro.

La asamblea se había sentado con gran estrépito de sillas, y todo el mundo se sonaba con fuerza para hacer desaparecer los últimos restos de emoción. Así que vieron al cura se hizo el silencio, y aquél comenzó a hablar en tono muy bajo, balbuciendo y con temblor.

—Mis queridos hermanos: mis queridas hermanas: hijos míos: yo os doy gracias desde el fondo de mi corazón: acabáis de darme la alegría más grande de mi vida. He sentido a Dios que descendía hasta nosotros oyendo mi plegaria. Él ha venido, ha estado aquí, llenando vuestras almas, haciendo desbordar vuestros ojos. Yo soy el cura más viejo de esta diócesis, pero hoy soy también el más feliz. Un milagro se ha realizado entre nosotros; un verdadero, un grande, un sublime milagro. Mientras

Jesucristo penetraba por primera vez en el cuerpo de estos pequeños, el Espíritu Santo, el pájaro celeste, el aliento de Dios bajaba hasta nosotros, inundando nuestras almas.

Después, con una voz más clara y dirigiéndose a los dos bancos ocupados por las invitadas del carpintero, añadió:

—Gracias a vosotras especialmente, mis queridas hermanas, que habéis venido de tan lejos: vuestra presencia entre nosotros ha sido un saludable ejemplo por vuestra fe viva y vuestra visible piedad. Vosotras sois la virtud de mi parroquia; vuestra emoción ha caldeado los corazones. Sin vosotras tal vez este gran día no hubiese tenido su carácter verdaderamente divino. Basta la sola presencia de los elegidos para decidir al Señor a que descienda sobre su rebaño.

La voz le faltaba y añadió:

—Es la gracia lo que eternamente os deseo. Así sea.

Y volvió a subir al altar para continuar el oficio.

La muchedumbre mostraba ya deseos de irse. Los niños se agitaban fatigados por la larga tensión de espíritu. Tenían hambre y las familias poco a poco, sin esperar el último evangelio, se iban para terminar los preparativos del almuerzo.

A la salida de la iglesia fue una confusión de encuentros, saludos y gritos en los que parecía cantar el acento normando. El vecindario formaba dos filas, y cuando aparecieron los niños cada familia se abalanzó sobre el suyo.

Constanza se vio asida, rodeada y besada por todo el personal del establecimiento de su tía. Rosa, especialmente, no se cansaba de abrazarla. Acabó por tomarla una mano y madame Tellier se apoderó de la otra: Rafaela y Fernanda, levantaron su lengua falda de muselina para que no arrastrase por el polvo: Luisa y Flora cerraban la marcha, con madame Rivet y la niña con el recogimiento y la emoción de llevar dentro de ella un Dios, se puso en marcha, rodeada por esta escolta de honor.

El festín estaba servido en el taller sobre largos tablones colocados sobre los bancos.

La puerta de par en par dejaba paso a la alegría del pueblecito. Por todas partes se regalaban. Al través de cada ventana se veían mesas, y en torno de ellas gente endomingada, De todas las casas salían gritos de alegría. Los labriegos en mangas de camisa bebían sidra a vasos llenos, y en medio de cada grupo se veían niños y niñas, con sus trajes de comunión comiendo con las familias.

De vez en cuando y a pesar del sofocante calor del mediodía, una carreta atravesaba la calle al paso de un viejo rocín, y el hombre en blusa que la conducía lanzaba una mirada de envidia sobre toda aquella fiesta.

En la casa del carpintero, la alegría guardaba cierto aire de reserva, un resto de la emoción de la mañana. Rivet, solo, se mostraba francamente contento y bebía sin medida. Madame Tellier miraba la hora cada momento, pues para no dejar cerrado su

establecimiento durante dos días necesitaba tomar el tren de las 3'55 de la tarde, llegando a Fécamp cerrada la noche.

El carpintero hacía esfuerzos por distraer la atención y guardar sus convidados hasta el día siguiente; pero madame no se dejaba engañar ni era mujer para permitir bromas cuando se trataba de negocios.

Por esto apenas hubieron tomado el café, ordenó a sus pensionistas que se preparasen rápidamente para marchar. Después añadió dirigiéndose a su hermano: —«Te vas a enganchar en seguida», y ella misma se dedicó a sus últimos preparativos de viaje.

Cuando volvió a descender al taller, la cuñada le esperaba para hablarle de la pequeña, y entablaron una larga conversación, en la que nada se resolvió. El campesino terminó conmoviéndose falsamente, mientras la Tellier, que tenía la niña sobre sus rodillas, no se comprometía a nada, limitándose a prometer vagamente. Ya se ocuparía de ella; había tiempo: va se verían otra vez.

Mientras tanto, se impacientaba viendo que no llegaba el carruaje y que las mujeres no descendían. Arriba sonaban risas, empujones y aplausos, Mientras que la carpintera se dirigía a la cuadra para ver si el carruaje estaba presto, la Tellier montó al piso superior.

Rivet, borracho y medio desnudo, intentaba trabajosamente y sin éxito violar a Rosa, que se desmayaba de risa, Las dos Bombas le tenían cogido por los brazos, intentando calmarle y asombradas de esta escena después de la ceremonia de la mañana. En cambio Rafaela y Fernanda le excitaban estremecidas de risa, cogiéndose los costados y lanzando agudos gritos a cada uno de los esfuerzos inútiles del borracho. El hombre, furioso, con la cara roja y congestionada, desabrochado, sacudía con desesperados esfuerzos a las dos mujeres que le contenían, mientras con todas sus fuerzas tiraba de las faldas de Rosa, murmurando:

—Cochina, ¿es que no quieres?

La Tellier, indignada, se lanzó sobre su hermano, le agarró por los hombros y lo arrojó con tanta violencia que fue a dar de cabeza contra el muro.

Un minuto después se le oía en el patio echándose el chorro de la bomba por la cabeza, y cuando reapareció sobre su carro estaba ya tranquilo.

Se pusieron en camino como la víspera, y el caballo blanco partió con su mismo paso de danza.

Bajo el ardiente sol parecía despertar aquella alegría contenida durante el almuerzo. Una luz exuberante llenaba los campos; una luz que cegaba los ojos, y del camino se levantaban dos nubes de polvo que volteaban detrás de la carreta.

De repente Fernanda, gran aficionada a la música, rogó a Rosa que cantase, y ésta entonó con arrogancia el «Cura gordo de Meudon», Pero madame la hizo callar al instante, encontrando muy inconveniente la canción en aquel día. Ella añadió:

—Cántanos cualquier cosa de Beranger.

Y Rosa, después de haber dudado algunos momentos, escogió en su repertorio, y con su voz chillona comenzó a cantar «La Abuela»:

Tras dos deditos de vino
Mi abuela en su cumpleaños.
Nos decía con tristeza:
«¡Cuántos novios he tenido!

Y el coro de muchachas que la misma Tellier dirigía, contestaba el estribillo de la canción:

¡Y el tiempo perdido!»
Mi pierna bien hecha
Mi brazo bonito,
¡Ay! cómo lamento

Rivet daba con el pie sobre las barras del carro, marcaba el compás con las riendas sobre el lomo del animal que, como espoleado por la viveza del ritmo, emprendió el galope, un galope de tempestad, precipitando a las damas unas sobre otras en el fondo del carruaje.

Se levantaban riendo como locas. Y la canción continuó, cantada a todo pulmón, al través de los campos, bajo el cielo ardiente, en medio de las cosechas que maduraban.

De trozo en trozo algún peón caminero, encorvado sobre los montones de guijarros, se enderezaba contemplando a través de sus gafas de alambre aquel carro vociferante que bajaba entre un torbellino de polvo.

Cuando llegaron a la estación el carpintero se enterneció:

—Es una lástima que os vayáis tan pronto: nos hubiéramos divertido mucho.

Madame le respondió secamente:

—Cada cosa a su tiempo: no es posible divertirse siempre.

Entonces una idea iluminó la inteligencia de Rivet.

—Oye: iré a veros a Fécamp el mes próximo.

—Y miraba a Rosa con ojos brillantes y acariciadores.

—Ven cuando quieras —dijo la hermana— pero te advierto que allí no te permitiré tonterías.

El carpintero no respondió, y como oyera silbar al tren comenzó a besar a todo el mundo como despedida. Cuando le llegó el turno a Rosa, se encarnizó buscando su boca, que ella riendo le huía con rápidos movimientos de costado. Él la tenía entre sus brazos, pero no podía conseguir su objeto, embarazado por el gran látigo que

tenía entre sus manos y que en sus esfuerzos agitaba desesperadamente detrás de la espalda de la muchacha.

—Los viajeros para Rouen ¡al tren! —gritó el empleado.

Ellas subieron al vagón. Sonó un pequeño silbido, repetido en seguida por el poderoso rugido de la máquina, que escupió su primer chorro de vapor, mientras que las ruedas comenzaban a rodar con un esfuerzo visible.

Rivet, saliendo de la estación, corrió a la barrera de la vía para ver a Rosa una vez más. Y cuando el vagón atestado de mercancía humana pasó delante de él, comenzó a saltar y a chasquear el látigo, cantando como un bruto con todas sus fuerzas:

¡Ay! cómo lamento
Mi brazo bonito.
Mi pierna bien hecha
¡Y el tiempo perdido!

Después vio como se alejaba un pañuelo blanco, agitado en la ventanilla de un vagón.

III

Durmieron hasta su llegada a la ciudad con un sueño tranquilo, propio de conciencias satisfechas, y cuando entraron en la mancebía, frescas y reposadas para el trabajo de cada noche, madame no pudo menos de decir:

—Ya me fastidiaba de estar fuera de la casa.

Cenaron de prisa, y así que se hubieron vestido con los trajes de combate, esperaron a los parroquianos de costumbre. La pequeña linterna iluminada; aquella linterna de retablo, indicaba a los transeúntes que el ganado había vuelto a la majada. En un momento la noticia se esparció por la ciudad, sin saberse cómo, ni por quién. M. Philippe, el hijo del banquero, llevó su amabilidad hasta a avisar por medio de un mandadero a M. Tournevau, aprisionado por la familia.

Todos los domingos el comerciante de salazón tenía varios primos a comer en su casa, y estaba tomando el café, cuando se presentó un hombre con una carta en la mano. M. Tournevau, muy emocionado, rompió el sobre y se tornó pálido. No habían más que estas palabras trazadas con lápiz: «Cargamento de bacalao encontrado; navío entrado en el puerto; buen negocio para vos; venid en seguida». Buscó en sus bolsillos, dio veinte céntimos al mandadero, y enrojecido hasta las orejas, dijo a sus convidados:

—Es necesario que salga en seguida.

Y enseñó a su mujer el billete lacónico y misterioso. Hizo sonar el timbre, y cuando apareció la criada, dijo con ansiedad:

—Mi gabán y mi sombrero, aprisa, aprisa.

Apenas en la calle, echó a correr silbando una canción, y el camino le pareció

doble que otros días a causa de su gran impaciencia.

La casa de la Tellier tenía un aire de fiesta. En el piso bajo las voces roncacas de los hombres del puerto armaban un estrépito de mil demonios.

Luisa y Flora no sabían a quién atender, bebiendo tan pronto con uno como con otro, absorbiendo copas y copas, mereciendo más que nunca su apodo de *las dos Bombas*. Las llamaban de todos lados y no sabían como atender a los parroquianos en aquella noche que se anunciaba como de gran trabajo.

El cenáculo del primer piso estaba completo desde las nueve de la noche.

M. Vasse el juez del tribunal de comercio, el adorador suspirante, pero platónico de madame Tellier hablaba con ella en un ángulo del salón, y los dos sonreían satisfechos y embelesados, como si por fin hubiesen llegado a un acuerdo. M. Poulin, el antiguo alcalde, tenía a Rosa a caballo sobre sus piernas, y ella, frotando su nariz con la del buen burgués, paseaba las cortas manos por sus patillas blancas. Un pedazo de muslo asomando por debajo de la remangada falda de seda amarilla se destacaba sobre el paño negro del pantalón del honorable señor, y sus medias rojas estaban sostenidas por unas ligas azules; el regalo del comisionista.

Fernanda, la grande, tendida en el sofá, tenía sus dos pies sobre el vientre de M. Pimpesse el cobrador de contribuciones, y el torso sobre el chaleco del joven M. Philippe, al cual acariciaba el cuello con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía un cigarrillo.

Rafaela parecía en tratos con M. Dupuis, el agente de seguros, y terminó su conversación con estas palabras:

—Sí, querido mío: esta noche, sí, que quiero.

Después, dando unas cuantas vueltas de vals por el salón, con rapidez vertiginosa, gritó:

—Esta noche estoy dispuesta: todo lo que quieran.

La puerta se abrió bruscamente y apareció M. Tournevau, siendo recibido con entusiastas gritos.

—¡Viva Tournevau!

Y Rafaela, que seguía danzando, fue a caer sobre su corazón. Él la agarró con un esfuerzo formidable, y sin decir una palabra la levantó del suelo como una pluma, atravesó el salón, ganó la puerta del fondo y desapareció en la escalera de los gabinetes con su fardo humano, en medio de estruendosos aplausos.

Rosa, que enardecía al antiguo alcalde, besuqueándole sin cesar y tirando de las dos patillas al mismo tiempo para sostenerle erguida la cabeza, aprovechó el ejemplo.

—Vamos: hagamos como ellos —dijo melosamente.

Entonces el buen hombre se levantó, ajustándose el chaleco y siguió a la muchacha, rebuscando en el bolsillo donde guardaba el dinero.

Fernanda y la *Señora* quedaron solas con los cuatro hombres y M. Philippe gritó:

—Yo pago el champagne, madame Tellier; que traigan tres botellas.

Fernanda, abrazándole, le preguntó pegada a su oreja.

—Haz que bailemos, ¿quieres?...

Se levantó y fue a sentarse ante el antiguo piano, dormido en un rincón e hizo salir un vals, un vals ronco y lacrimoso del vientre quebrantado del instrumento.

La fuerte muchacha cogió al cobrador de contribuciones; madame se abandonó en brazos de su adorador M. Vasse y las dos parejas comenzaron a dar vueltas besándose.

M. Vasse, que en otros tiempos había bailado en el gran mundo, hacía gracias de danzarín, y madame le contemplaba con ojos tiernos, con ojos que respondían sí, un sí, más discreto y delicioso que una palabra.

Federico subió el champagne. Al saltar el primer tapón, M. Philippe tocó la invitación al cancán.

Las dos parejas lo marcaron a estilo del gran mundo, con discreción, dignamente, con buenas maneras y muchas inclinaciones y saludos.

Después de esto comenzaron a beber. Entonces M. Tournevau reapareció satisfecho, descansado, radiante y gritó:

—No sé que tiene Rafaela esta noche, pero está como nunca.

Después, como le ofrecieran un vaso, lo vació de un golpe, exclamando:

—Caramba ¡viva el lujo!

Inmediatamente M. Philippe comenzó una polca agitada, y M. Tournevau, cogiendo a la bella judía sosteniéndola en el aire, comenzó a bailar sin dejar que tocara con los pies en el suelo.

De vez en cuando una de las parejas se detenía cerca de la chimenea para beber una copa del vino espumoso. El baile amenazaba eternizarse, cuando Rosa entreabrió la puerta con una bujía en la mano.

Iba con el cabello suelto, en camisa y zapatillas, toda roja y animada con ruidosa alegría.

—Yo quiero bailar también —gritó.

—¿Y tu viejo? —le preguntó Rafaela.

Rosa lanzó una carcajada.

—¿El viejo? duerme como un lirón.

Y cogiendo a M. Dupuis, que permanecía sin pareja en el diván, siguió la polca.

Las botellas estaban ya vacías.

—¡Yo pago una! —gritó M. Tournevau.

—¡Yo otra! —contestó M. Vasse.

—¡Y yo también! —añadió M. Dupuis.

Todo el mundo aplaudió entusiasmado.

La cosa marchaba: era ya un verdadero baile. De vez en cuando Luisa y Flora subían apresuradamente, daban unas cuantas vueltas de vals, mientras que abajo se impacientaban los clientes y volvían corriendo al café, sintiendo abandonar la fiesta. A media noche todavía se danzaba.

En ciertos momentos desaparecía alguna de las muchachas, y cuando la buscaban para que hiciera el *vis a vis* en el baile, se daban cuenta de que también había desaparecido alguno de los hombres.

—¿De dónde venís? —preguntó en broma M. Philippe al ver que M. Pimpesse entraba con Fernanda.

—De ver dormir a M. Poulin —contestó el cobrador.

La contestación hizo mucha gracia y obtuvo un gran éxito.

Y todos, por turno, subían a ver dormir a M. Poulin, acompañadas de una o de otra de las señoritas, que se mostraban aquella noche de una amabilidad inaudita.

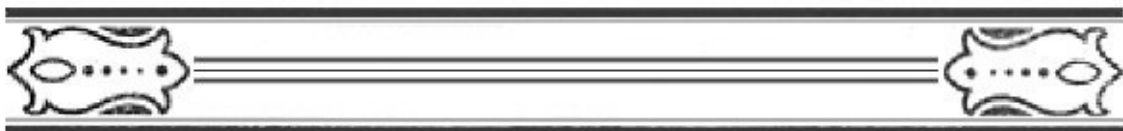
La *Señora* cerraba los ojos a todo, y sólo atendía a su conversación con M. Vasse por los rincones, como para arreglar los últimos detalles de un negocio en el que estaban acordes.

En fin, a la una, los dos hombres casados, M. Tornevau y A. Pimpesse declararon que iban a retirarse y quisieron arreglar su cuenta.

La *Señora* no quiso cobrar más que el champagne, y éste a seis francos la botella en vez de diez, que era el precio ordinario.

Y como todos se asombraran de tanta generosidad, la Tellier contestó radiante:

—Todos los días no son de fiesta.



UNA VENGANZA

La viuda de Pablo Savarini habitaba sola con su hijo en una pobre casita de los alrededores de Bonifacio. La población, construida en un saliente de la montaña, suspendida sobre el mar, mira por cima el estrecho erizado de escollos de la costa más baja de la Cerdeña. A sus pies, del otro lado, la rodea casi enteramente una cortadura de la costa que parece un gigantesco corredor, el cual sirve de puerto a las lanchas pescadoras italianas o sardas, y cada quince días al viejo vapor que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el montón de casas forma una mancha más blanca aun, como nidos de pájaros salvajes acurrucados sobre su roca, dominando aquel paso terrible en que no se aventuran los barcos grandes.

El viento sin reposo fustiga el mar, que golpea sobre la costa desnuda y se mete por el estrecho, cuyos dos bordes destruye.

La casa de la viuda Savarini, abierta al borde mismo de la costa, abre sus tres ventanas sobre aquel horizonte salvaje y desolado.

Allí vivía sola con su hijo Antonio y su perra «Vigilante», una perraza flaca con pelos largos y bastos, de la raza de los perros de ganado, y que servía al joven para cazar.

Una tarde, después de una reyerta, Antonio Savarini fue muerto a traición de una puñalada por Nicolás Rovalati, que aquella misma noche huyó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que dos amigos lo llevaron, no lloró, pero se quedó inmóvil mirándolo; después tendió su arrugada mano sobre el cadáver y juró vengarle. No quiso que nadie se quedara allí; se quedó sola con el cuerpo y se encerró acompañada de la perra, que aullaba de un modo lastimero y no se separaba del lado de su amo. La madre, inclinándose sobre el cuerpo de su hijo, con la mirada fija, lloraba lágrimas silenciosas contemplándolo.

El joven estaba tendido de espaldas, vestido con su chaqueta de paño grueso, que se veía desgarrada en el pecho: parecía dormir, pero se veía sangre por todas partes: sobre la camisa rota para la primera cura, en el chaleco, en el pantalón, en la cara, en

las manos; cuajarones de sangre se le habían quedado entre la barba y los cabellos.

La madre se puso a hablarle; al oír su voz la perra se calló.

—Yo te vengaré, hijo mío; duerme, duerme, descansa, que serás vengado, ¿entiendes? ¡Tú madre te lo promete! Y ya sabes que cumple siempre sus promesas:

Después se inclinó sobre él, poniendo sus labios fríos sobre los labios del muerto. Entonces «Vigilante» se puso a dar unos aullidos largos, desgarradores, horribles.

Así siguieron los dos, la mujer y el animal, hasta por la mañana que enterraron a Antonio Savarini, y ya nadie se acordó de aquello en Bonifacio.

*
* *

No había dejado ni hermanos, ni primos, ni ningún pariente que pudiera vengarlo; sólo su madre, Así pensaba la anciana, mirando sin cesar un punto blanco de la costa, que era un pueblecillo sardo, llamado Longosardo, donde se refugiaban los bandidos corsos. Éstos poblaban aquella aldea delante de las costas de su patria, y allí esperaban el momento de volver. En aquella aldea se había refugiado Nicolás Rovalati.

Siempre sola y sentada delante de la ventana, la anciana pensaba en su venganza. ¿Cómo la llevaría a cabo, enferma y casi al pie del sepulcro? Pero lo había prometido, lo había jurado al cadáver; no podía olvidarlo, y no podía esperar. ¿Qué haría? No dormía ninguna noche, ni tenía sosiego ni reposo. La perra, echada a sus pies, la miraba, y a veces levantaba la cabeza y ladraba. Desde que su amo no estaba allí, no hacía otra cosa.

Una noche que «Vigilante» parecía llamar a su amo, la anciana tuvo una idea salvaje, vengativa, feroz; lo meditó hasta la mañana, y cuando fue de día se fue a la iglesia. Allí, de rodillas, pidió a Dios la ayudara y la sostuviera, dándole fuerzas para vengar a su hijo.

Volvió a su casa y ató a la perra con una cadena; el animal aulló todo el día y toda la noche, y la anciana sólo le dio agua, nada más que agua.

Pasó el día, y la perra, extenuada, dormía; por la mañana tenía los ojos relucientes, el pelo erizado, y tiraba sin cesar de la cadena.

La andana no le dio de comer, y la perra, furiosa, ladraba sin cesar, y así pasó otro día y otra noche; a la mañana siguiente, la tía Savarini fue a casa de un vecino a rogar que le dieran un costal de paja. Cogió un traje viejo que había sido de su marido, lo relleno hasta que pareció ser un cuerpo humano, y luego lo clavó en un palo delante del sitio donde la perra estaba encadenada. Después le puso una cabeza de trapos.

La perra, sorprendida, miraba aquel hombre de paja y callaba, aunque la devoraba el hambre.

Entonces la vieja se fue a buscar en casa del carnicero un gran pedazo de morcilla

negra, volvió a su casa y la puso a asar. «Vigilante», enloquecida, estaba echando espuma con los ojos fijos sobre el embutido.

La vieja hizo con el asado una corbata al hombre de paja, y se la ató bien fuerte; después soltó a la perra.

De un salto formidable, el animal alcanzó la garganta del maniquí, y con las patas sobre los hombros se puso a desgarrarlo. Cuando arrancaba un pedazo se bajaba y se lanzaba luego por otro, metiendo su hocico entre las cuerdas y arrancando los pedazos de morcilla.

La vieja, inmóvil, miraba con los ojos brillantes; después volvió a atar la perra, la hizo ayunar otros dos días y volvió a repetir aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses la acostumbró a aquella especie de lucha, a aquella comida conquistada a mordiscos. Ya no la ataba; pero con un gesto la hacía lanzarse sobre el maniquí.

La había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, hasta cuando no tenía la comida en el cuello. Luego le daba como recompensa la morcilla asada.

Desde que veía al maniquí, «Vigilante» se estremecía y miraba a su ama, que le decía:

—¡Anda! —con una voz aguda y levantando el dedo.

*
* *

Cuando lo juzgó oportuno la tía Savarini, confesó y comulgó un domingo con mucha devoción, y luego se puso un traje de hombre y se embarcó en la barca de un pescador, que la condujo al otro lado de la costa, acompañada de su perra.

Llevaba en un saco un gran pedazo de asado que le hacía olor a la perra, la cual hacía dos días ayunaba.

Entraron en Longosardo, y acercándose a una panadería, preguntó por la casa de Nicolás Rovalati. Éste, que era de oficio zapatero, trabajaba en un rincón de su tienda.

La vieja empujó la puerta y dijo:

—¡Eh, Nicolás!

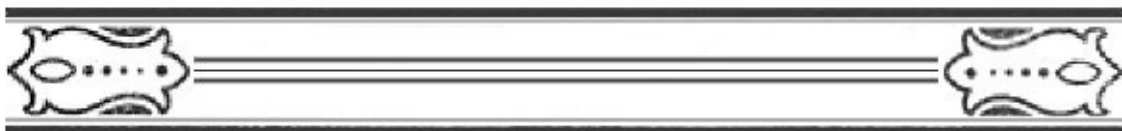
Él se volvió, y entonces, soltando la perra, dijo:

—¡Anda! ¡Anda! ¡Come! ¡Come!

El animal, enloquecido, se lanzó y le mordió en la garganta. El hombre tendió los brazos y rodó por tierra; durante algunos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; después quedó inmóvil, mientras que «Vigilante» le apretaba el cuello, que luego arrancaba en pedazos.

Dos vecinos recordaron después haber visto salir de casa del muerto un pobre viejo con un perro que comía unos pedazos negros que le daba su amo.

Por la tarde la vieja volvió a su casa, y aquella noche durmió muy bien.



APARICIÓN

Estábamos en un hotel de la calle de Grenelle, propiedad de uno de los amigos allí reunidos. Cada cual de nosotros había contado su historia, una historia que afirmaba ser verdadera.

El marqués de la Tour-Samoriel, que no había hablado todavía, se levantó y fue a apoyarse en la chimenea. Era un anciano de ochenta y dos años de edad, de aspecto respetable y simpático. En medio del silencio que reinaba, dijo con voz algo temblorosa.

—Yo también sé un historia hasta tal punto extraña, que ha sido la obsesión de mi vida.

Hace más de cincuenta y seis años que me ocurrió la aventura que voy a contarles, y no pasa un mes sin que sueñe con ella. Desde aquel día me ha quedado algo así como una marca, como una huella de miedo... ¿Comprendéis? Sí, durante diez minutos he experimentado un tan horrible espanto, que desde aquella hora me ha quedado en el alma una especie de terror constante. Los ruidos inesperados me hacen estremecer. Los objetos que distingo mal en las sombras de la noche me hacen sentir un deseo, una necesidad loca de escapar. En fin, que tengo miedo de noche como los niños.

¡Oh! Jamás hubiera confesado esto antes de llegar a la edad que tengo. Ahora ya puedo decirlo. A un hombre de ochenta y dos años le está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Frente a un peligro cierto, verdadero, no he retrocedido jamás, amigos míos.

Esta historia que vais a oír ha trastornado de tal modo mi espíritu, ha arrojado en mí una turbación tan profunda, tan aterradora y tan misteriosa, que jamás he tenido valor para contarla. La he guardado en el fondo íntimo de mí mismo, en ese fondo donde se ocultan los secretos tristes y vergonzosos, todas las inconfesables debilidades que tenemos en nuestra existencia.

Voy a referiros la aventura tal como ocurrió, sin tratar de explicarla. Seguramente tiene explicación a menos que no haya tenido en mi vida aquella hora de locura. Pero

no; no he estado loco y os daré de ello la prueba. Imaginad vosotros lo que queráis.

He aquí los hechos:

Era el mes de julio de 1827 y yo me encontraba de guarnición en Rouen.

Un día que me paseaba por el muelle, me encontré frente a un hombre que creí reconocer, sin recordar con precisión quién era. Hice, por instinto, un movimiento para detenerme. Aquella persona notó el gesto, me miró y cayó en mis brazos.

Era un amigo de la niñez al que había querido mucho. Hacía cinco años que no le había visto y parecía haber envejecido medio siglo. Tenía el pelo completamente blanco y andaba encorvado como un anciano bajo el peso de los años. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una terrible desgracia la había destrozado.

Locamente enamorado de una muchacha se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Después de un año de dicha sobrehumana y de pasión desenfrenada, murió repentinamente de una enfermedad del corazón, herida tal vez por la intensidad misma de su amor.

Mi amigo abandonó su quinta el día mismo del entierro y había venido a habitar su hotel en Rouen. Allí vivía solitario y desesperado; roído por el dolor, y tan mísero y triste que sólo pensaba en el suicidio.

Puesto que he tenido la suerte de encontrarte, me dijo, voy a rogarte que me llagas un gran servicio, que es el de ir a la quinta y buscar en la mesa de mi cuarto, de *nuestro cuarto*, unos papeles de que tengo urgente necesidad. No puedo encargar de ese cuidado a un subalterno o a otra persona cualquiera, porque necesito llevar este asunto con una discreción y un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo entraría en aquella casa.

Te daré la llave de esa habitación que yo mismo cerré al partir, y la de mi mesa. Mi jardinero, para el que te daré una carta, te franqueará la entrada de la quinta.

Pero ven a almorzar conmigo mañana y hablaremos de este asunto.

Prometí hacerle aquel ligero favor. Después de todo no se trataba para mí sino de un paseo a caballo, pues su dominio se encontraba situado a cinco leguas de Rouen, aproximadamente.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, fui a su casa. Durante el almuerzo mi amigo apenas pronunció veinte palabras. Me rogó que le dispensara: el pensamiento de la visita que yo iba a hacer en aquella habitación, donde yacía su felicidad, le trastornaba, según me dijo. Me pareció, en efecto, agitado, preocupado, como si se estuviera riñendo en su alma un misterioso combate.

Al fin me explicó exactamente lo que tenía que hacer. Era bien sencillo. Debería recoger dos paquetes de cartas, encerradas en el primer cajón de la derecha del mueble, cuya llave me entregó.

—No necesito rogarte que no las leas, añadió.

Me sentí casi ofendido por aquellas palabras y se lo hice comprender algo

vivamente. Mi amigo balbuceó:

—Perdóname. ¡Sufro tanto!

¡Y se echó a llorar!

A la una de la tarde me separé de él para ir a cumplir mi misión.

Hacía un tiempo espléndido y marchaba al trote largo a través de los prados, escuchando el canto de las alondras y el ruido rítmico de mi sable sobre la bota.

Al entrar en el bosque puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban la cara; y a veces cogía con los dientes una hoja y la mascaba ávidamente, poseído de una de esas alegrías de vivir que le llenan a uno, sin saber por qué, de una felicidad tumultuosa y como impalpable, de una especie de borrachera de fuerza.

Al aproximarme a la quinta, busqué en mi bolsillo la carta para el jardinero y vi con extrañeza que el sobre estaba cerrado. De tal modo me sorprendió y me irritó aquel detalle, que estuve a punto de volver sin cumplir mi comisión. Pero se me ocurrió que iba a demostrar una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo, en la turbación en que se encontraba, podía muy bien haber cerrado la carta, sin darse cuenta.

La finca parecía abandonada desde hacía más de veinte años. La empalizada abierta y podrida se conservaba milagrosamente en pie. La hierba llenaba los paseos; no se distinguían las platabandas de césped.

Al ruido que hice pegando con el pie en un gallinero, salió un hombre por una puerta situada a un lado de la casa y pareció estupefacto al verme Salté a tierra y le entregué mi carta; la leyó, la releyó, la volvió a leer, me miró por encima del papel, y metiéndose al fin la carta en el bolsillo, me dijo:

—¡Y bien!, ¿qué es lo que usted desea?

Yo contesté bruscamente:

—Ya debe usted saberlo, puesto que en la carta recibe usted las órdenes de su amo: quiero entrar en la casa.

El hombre pareció aterrado y balbuceó:

—¿De modo que va usted a... a su cuarto?

Yo empezaba a impacientarme.

—¡Por vida de...! ¿Va usted ahora a interrogarme? ¡A usted qué le importa?

—No, caballero... pero es que... es que esa habitación no ha sido abierta desde... desde la... la... la muerte. Si quiere usted esperarme cinco minutos, voy a ver... a ver si...

Yo le interrumpí con cólera.

—¿Cómo es eso?... ¿Se está usted burlando de mí? No puede usted entrar en ese cuarto, puesto que tengo yo la llave.

El jardinero no sabía qué decir.

—Entonces, caballero, voy a enseñarle a usted el camino.

—Enséñeme usted la escalera y déjeme usted solo: yo encontraré la habitación

que busco.

—Pero... señor... sin embargo...

No pudiendo contenerme más tiempo le aparté bruscamente y penetré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos piecitas que el jardinero habitaba con su mujer; franqueé después un gran vestíbulo, subí la escalera y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin trabajo y entré.

La habitación estaba tan oscura que no distinguí nada al principio. Me detuve sobrecogido por ese olor particular entre moho y polvo de las piezas deshabitadas y condenadas de las habitaciones muertas.

Poco a poco mis ojos se habituaron a la oscuridad, y vi con bastante precisión una gran pieza en desorden, una cama sin sábana, pero conservando los colchones y las almohadas, sobre una de las cuales se veía la huella profunda de un codo o de una cabeza, como si acabaran de colocarse encima.

Dos o tres sillas estaban caídas en el suelo; y noté que una puerta, la de un armario sin duda, había permanecido entreabierta.

Con objeto de dar más luz fui a la ventana y la abrí. Pero la falleba de la persiana estaba tan enmohecida que no logré hacerla ceder.

Traté de romperla con el sable, sin conseguirlo. Comenzaba a irritarme por aquellos inútiles esfuerzos, y como mis ojos se habían acostumbrado al fin perfectamente a la oscuridad, renuncié a la esperanza de ver más claro y me dirigí a la mesa.

Me senté y abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los bordes. Yo solo necesitaba tres paquetes que sabía cómo reconocer y me puse a buscarlos.

Estaba haciendo esfuerzos por descifrar los sobrescritos, cuando me pareció oír, o, mejor dicho, sentir un rozamiento detrás de mí. No le di importancia pensando que una corriente de aire habría movido alguna tela o alguna cortina. Pero al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, me hizo sentir sobre la piel un singular, ligero y desagradable estremecimiento. Era tan tonto, tan pueril sentir la insignificante emoción, que, por pudor a mí mismo, no quise volver la cabeza. Acababa de encontrar el segundo de los paquetes que buscaba y había descubierto ya el tercero, cuando un penoso y profundo suspiro lanzado sobre mi hombro me hizo dar un salto a dos metros de distancia. En mi ímpetu me había vuelto la mano en la empuñadura de mi sable, y ciertamente si no lo hubiera encontrado a mi lado, hubiese huido como un cobarde.

Una mujer alta, vestida de blanco, me miraba de pie delante del sillón donde yo estaba sentado un segundo antes.

Sentí agitados mis miembros por un estremecimiento tal que estuve a punto de caer redondo al suelo. ¡Oh! nadie puede comprender, a menos de haberlos experimentado, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se hunde, no se siente el corazón; el cuerpo entero se pone flojo, flácido, blando como una esponja: se diría

que todo el interior se derrumba...

Yo no creo en los fantasmas; pues bien, me he sentido desfallecer de miedo hacia los muertos; y he sufrido, ¡oh! sí, sufrido en pocos instantes más que en todo el resto de mi vida, con la irresistible angustia de los espantos sobrenaturales. Si aquella mujer no hubiera hablado, me hubiese muerto quizá. Pero habló: habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No osaré decir que me hice dueño de mí y recobré la razón. No. Estaba aturdido, enloquecido, hasta el extremo de no saber lo que hacía; pero esa especie de íntimo orgullo que tengo dentro de mí, tal vez debido a mi oficio de soldado, me hizo, casi a pesar mío mostrar un continente sereno. Afectaba tranquilidad por mí y por ella, sin duda; por ella, cualquiera que fuese: mujer o espectro. Yo me di cuenta de todo esto más tarde, porque os aseguro que en el instante de la aparición no pensaba en nada. Tenía miedo, sencillamente.

Ella dijo:

—¡Oh, caballero, usted puede hacerme un gran favor!

Quise responder, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un ruido vago salió de mi garganta.

La aparición continuó:

—¿Quiere usted? ¡Puede curarme, salvarme! ¡Sufro horriblemente! ¡Sí, sufro mucho, mucho!

Y se sentó suavemente en mi sillón, siempre mirándome.

—¿Quiere usted? —repitió.

Yo dije:

—¡Sí! —con la cabeza, porque tenía la voz paralizada.

Entonces me mostró un peine de concha y murmuró:

—¡Peíneme usted!, ¡oh!, péineme usted; eso me aliviará: me curará; es necesario que me peinen. Mire usted mi cabeza... ¡Cuánto sufro; y mis cabellos qué daño me hacen!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros pendían por encima del respaldo del sillón y tocaban al suelo.

¿Por qué hice aquello? ¿Por qué recibí, estremecido, aquel peine y por qué tomé en mis manos aquellos largos cabellos que me produjeron en la piel una atroz sensación de frío como si hubiese manejado serpientes?

No lo sé...

¡Esa sensación la conservo en los dedos y me estremezco sólo al recordarla!

La peiné, yo no sé cómo; manejé aquella cabellera de hielo. La retorcí, la anudé, la trencé como se trenza la crin de un caballo... Ella suspiraba, movía la cabeza... parecía contenta... dichosa...

De pronto me dijo: —¡Gracias! —me arrancó el peine de las manos y huyó por la puerta que yo había visto entreabierta.

Quedé solo, y, durante algunos segundos, experimenté esa turbación, esa especie de asombro que se siente al despertar después de una pesadilla. Poco a poco fui recobrando el sentido; corrí a la ventana y rompí la persiana con mi furioso empuje.

La luz entró de lleno en la estancia. Me lancé sobre la puerta por donde aquel ser extraño había desaparecido. La encontré cerrada e inquebrantable.

Entonces me invadió la fiebre de la huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Cogí precipitadamente los tres paquetes de cartas sobre la mesa, cuyos cajones habían quedado abiertos; atravesé la habitación corriendo, bajé cuatro a cuatro los escalones y no sé cómo ni por dónde me encontré fuera. A diez pasos de distancia vi mi caballo... corrí hacia él, monté y partí a galope.

No detuve la velocidad de mi marcha hasta llegar a Rouen, delante de mi casa.

Di las bridas a mi ordenanza y subí a escape a mi cuarto, donde me encerré para reflexionar.

Durante una hora me pregunté ansiosamente si no había sido el juguete de una alucinación. Seguramente he sufrido uno de esos enloquecimientos del cerebro que hacen creer en lo sobrenatural.

Iba ya a suponer todo lo pasado una quimera, una ilusión de mis sentidos, cuando me aproximé a la ventana. Mis ojos por casualidad descendieron sobre mi pecho. ¡Tenía lleno el dolman de cabellos de mujer largos y negros que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno a uno y los fui arrojando a la calle con mis temblorosos dedos.

Después llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado turbado y emocionado para ir el mismo día a casa de mi amigo. Además, necesitaba reflexionar profundamente en la conversación que con él tendría.

Le envié, pues, sus cartas de las cuales entregó un recibo al soldado, al que preguntó con mucho interés por mí. Cuando mi ordenanza le dijo que estaba algo enfermo a causa del sol que había tomado en el camino, pareció inquietarse.

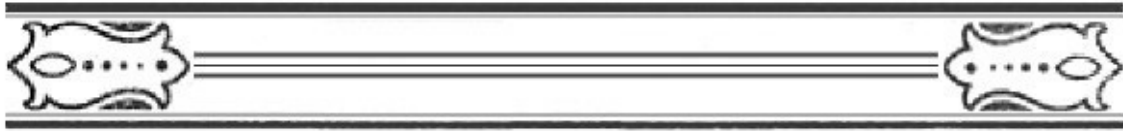
Al siguiente día, apenas rayando el sol, fui a su casa resuelto a contarle todo lo sucedido. No le encontré. Según me dijeron había salido la víspera y no había vuelto. Volví por la tarde. Nadie le había visto. Esperé una semana. No apareció. Entonces me decidí a dar parte a la policía. Se le buscó por todos lados sin descubrir una huella de su paso.

Se practicó un minucioso registro en la quinta abandonada. No se descubrió nada sospechoso.

Ningún indicio reveló que allí hubiera estado oculta una mujer.

La investigación judicial no dio resultado alguno y nadie se volvió a ocupar del asunto.

Y desde hace cincuenta y seis años no he tenido noticia de todo aquello. No sé más.



UN CASO DE DIVORCIO

El abogado de la señora Chassel tiene la palabra y dice:

«Señor presidente:

Señores magistrados:

El pleito de cuya defensa estoy encargado, constituye más bien una cuestión médica que jurídica; es un caso patológico, más que un caso de derecho. Los hechos origen de esta causa aparecen claros al primer golpe de vista.

Un hombre joven, rico, de alma noble y exaltada y corazón generoso, se enamora de una joven extraordinariamente hermosa, adorable, encantadora, graciosa, linda, buena y se casa con ella. Durante algún tiempo la conducta de este hombre para con su mujer fue la del esposo lleno de ternura y de cuidados; después su cariño va enfriándose hasta el punto de sentir hacia ella una repulsión indecible, un extraordinario desamor. Llegó a pegarle un día, no solamente sin razón, sino sin pretexto.

No pienso, señores, pintaros el cuadro de esos procederes extraños, incomprensibles para todos. Tampoco he de esforzarme en describiros la triste vida de aquellos dos seres, ni la horrible tortura de la mujer. Para convenceros de la razón que a ésta asiste, bastará con que os lea algunos fragmentos del diario escrito por aquel desgraciado loco.

Helos aquí:

.....

¡Qué triste! ¡Qué monótono! ¡Qué ruin y qué odioso es todo! Soñé una tierra más bella, más noble, más variada.

¡Siempre bosques; ríos que se parecen a otros ríos, llanuras que se parecen a otras llanuras!... ¡Todo igual!... ¡Todo monótono!... ¡Y el hombre!... ¿Qué es el hombre? Un animal malo, orgulloso y repugnante...

.....

Preciso es amar, pero amar locamente, sin ver lo que se ama: porque ver es

comprender y comprender es despreciar...

.....

¿He encontrado ese amor?... Creo que sí... Esa mujer tiene en toda su persona algo de ideal que no parece de este mundo y que da las alas a mi sueño.

Mi amada es rubia, con matices maravillosos en los cabellos... ¡Qué azules son sus ojos!... Sólo los ojos azules embargan mi alma... La mujer que existe en el fondo de mi corazón aparece en su mirada, sólo en su mirada... ¡Oh! ¿Qué misterio existe en los ojos? Todo el universo está en ellos, puesto que lo ven y lo reflejan. Sí... en los ojos se contiene el universo, las personas y las cosas, los bosques y los mares, los hombres y las bestias, las puestas del sol, las estrellas, las artes... Todo... Tocio lo ven, todo lo recogen... Pero en los ojos aun hay más. Allí está el alma, el ser que quiere, el ser que ama, el ser que ríe, el ser que sufre... ¡Oh!... Contemplad los ojos azules de las mujeres... profundos como el mar, inundados de luz como el cielo, tan dulces como las brisas, como la música, como los besos, y tan transparentes, tan claros, que tras ellos se ve el alma, el alma azul que los colora, los anima y diviniza.

¡Sí! El alma tiene el color de los ojos... El alma azul, sólo el alma azul lleva dentro el ensueño... Ha tomado su color a las ondas del mar y al éter del espacio.

Los ojos, pensad en los ojos... Beben la vida aparente para nutrir con ella el pensamiento. Beben el mundo, el color, el movimiento, los libros, los cuadros..., todo lo hermoso y todo lo ruin... De allí salen las ideas... Y si los ojos nos miran, nos producen una felicidad que no es terrena.

Nos hacen sentir lo que siempre ignoraremos... Nos hacen comprender que la realidad es una miseria despreciable...

.....

La amo también por su aire gentil, porque, como ha dicho el poeta:

—Hasta cuando el pájaro anda parece de otra raza más superior que la de las mujeres ordinarias; más ligera y más divina...

.....

Mañana me caso con ella... Tengo miedo... ¿Miedo de qué?... ¡De tantas cosas!

.....

Ya es mi mujer. Mientras la he deseado, idealmente fue para mí el poético ensueño, próximo a realizarse; después se ha convertido en el ser de que la Naturaleza se ha servido para truncar todas mis esperanzas.

¿Pero las ha truncado? No... Y, sin embargo, estoy cansado de ella. Cansado hasta no poder tocarla ni con mi mano ni con mis labios, sin que mi corazón sienta un desagrado inexplicable...

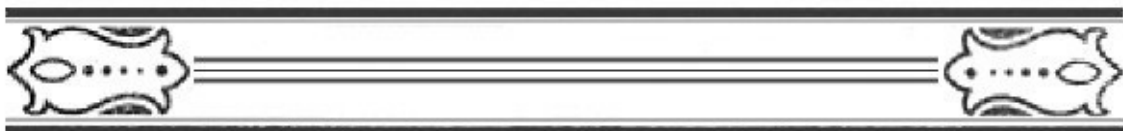
¡No! No puedo ver a mi mujer venir hacia mi llamándome con su mirada, con su sonrisa o con sus brazos. Antes creía yo que un beso de aquella mujer me

transportaría a los cielos... ¡Y qué desencanto sufrí un día, cuando estuvo mala con una fiebre pasajera! Sentí en su aliento el soplo ligero, sutil, casi insensible de las podredumbres humanas...

¡Oh! ¡La carne! Estercolero seductor y viviente... ¡Putrefacción que se mueve, que anda, que piensa, que habla, que mira y que sonrío; donde los alimentos fermentan; sonrosada, linda, tentadora, engañadora como el alma!

Porque en realidad, sólo las flores huelen bien. Lo mismo las de vistosos colores que las pálidas, impresionan mi espíritu y turban mis ojos... ¡Son tan hermosas! ¡De estructura tan delicada! ¡Tan variadas y tan sensibles! Son más tentadoras que las mismas bocas, y hasta parecen tenerla.

Ellas... ellas solas se reproducen en el mundo sin dejar huella que manche, y evaporando en torno el divino incienso de su amor, el sudor oloroso de sus caricias, la esencia de sus incomparables cuerpos, adornados de todas las gracias, de todas las elegancias, de todas las formas que tiene la coquetería, de todas las coloraciones y la seducción embriagadora de todos los aromas...».



SEIS MESES DESPUÉS

... Amo las flores, no como flores, sino como seres vivientes, deliciosos. Paso los días y las noches en el invernadero, donde las guardo como a las mujeres en el harén... Nadie, fuera de mí; conoce la dulzura, el éxtasis sobrehumano de estas ternuras... Nadie conoce el sabor de estos besos sobre la carne roja, fina, blanca, delicada, rara, de estas flores.

Tengo estufas donde no penetra nadie más que yo y el encargado de cuidarlas. Entro allí como si entrase en un retiro de secretos placeres... Por la alta galería de cristales paso entre dos masas de corolas; unas cerradas, otras entreabiertas o abiertas del todo y dispuestas en declive. Es el primer beso que me envían... Estas flores que adornan el vestíbulo de mis pasiones misteriosas, no son aun mis favoritas, sino mis sirvientes. Me saludan al paso con sus brillantes matices y sus frescas exhalaciones. Son lindas, coquetas, dispuestas en ocho filas a la derecha y ocho a la izquierda, formando dos jardines que vienen a morir a mis pies.

Al verlas, mi corazón palpita, mi mirada se ilumina, mi sangre se agita, mi alma se exalta y mis manos tiemblan con el deseo de tocarlas... En el fondo de aquella alta galería hay tres puertas cerradas... Puedo elegir el que más me plazca de aquellos tres harenes.

Generalmente entro donde están las orquídeas, mis adormideras preferidas. Proceden de los países arenosos, ardientes y malsanos. Atraen como sirenas, matan como venenos... Enervan. Son terribles. Semejan grandes mariposas con sus alas enormes, sus patas, sus ojos... Porque tienen ojos... Me miran, me ven... Aquellos seres prodigiosos, inverosímiles, hijos de la tierra sagrada, del aire impalpable, de la cálida luz, de esa madre del mundo... Sí... Tienen alas, y ojos, y matices que ningún pintor podría imitar... y todas las formas, todas las gracias, todos los encantos que se pueden soñar.

Los extraños dibujos de sus pequeños cuerpos sumergen el espíritu en el paraíso de las imágenes y voluptuosidades ideales... Tiemblan sobre sus tallos como si quisieran volar... ¿Volarán y tendrán hacia mí?... ¿No es mi corazón el que vuela

sobre ellas, como un místico torturado de amor?

Estamos solos ellas y yo en la clara prisión que las he construido. Las miro, las contemplo y las adoro una por una.

¡Cuánto las amo! El borde de su cáliz está rizado, más pálido que su garganta, y la corola oculta en él como misteriosa boca atractiva, azucarada, mostrando y desenvolviendo los órganos delicados, admirables y sagrados de estas divinas criaturas, que sienten y no hablan... He experimentado por algunas de ellas una pasión tan fugaz como su existencia: de algunos días, de algunas noches.

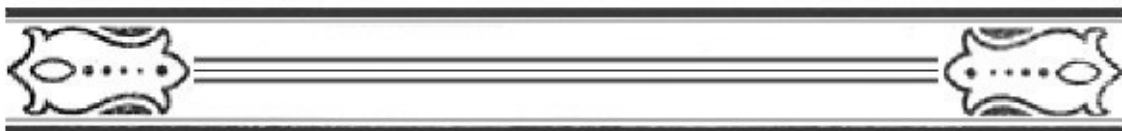
Cojo a la preferida, la saco de la galería, la encierro en una estufita de vidrio, en donde un hilo de agua corre por un lecho de césped tropical traído de las islas del Pacífico. V allí, junto a ella, me quedo febril, ardiente, atormentado por la idea de su próxima muerte, contemplando como se marchita mientras la poseo, aspiro y bebo su corta vida con una suprema caricia.

.....

Después de terminar la lectura de estos fragmentos añadió el abogado:

—La decencia, señores, me impide continuar la lectura de las singulares confesiones de este hombre, vergonzosamente idealista. Los fragmentos que acabo de someter a vuestra consideración creo que serán suficientes para apreciar este caso de enfermedad mental, menos raro de lo que pudiera creerse en la época que atravesamos, de histerismo y de decadencia.

En mi opinión, pues, a mi representada le asiste perfecto derecho para reclamar el divorcio, dada la excepcional situación en que la ha colocado la perturbación sin ejemplo de los sentidos de su esposo.



EL MIEDO

Después de comer subimos al puente.

Ante nosotros se extendía el mar, cuya superficie tranquila y en calma iluminaba la luna serena. La embarcación se deslizaba lanzando hacia el cielo, que parecía sembrado de estrellas, una negra columna de humo; detrás de nosotros, el agua blanca, agitada por el rápido paso del barco, batida por la hélice, parecía retorcerse entre la espuma, removiendo tantas claridades que hubiera podido decirse que aquello era algo así como la luz de la luna en ebullición.

Estábamos allí reunidos siete u ocho, silenciosos, la mirada dirigida hacia las lejanas costas de África, donde nuestro buque se encaminaba. El comandante que fumaba un cigarro en medio de nosotros, dijo de pronto, siguiendo la conservación empezada durante la comida:

—Sí, aquel día tuve miedo. Mi navío estuvo durante seis horas sujeto contra esas rocas, batido por el mar. Afortunadamente un bergantín inglés nos recogió y milagrosamente logramos salvarnos.

Entonces, un hombre alto, con el rostro tostado, de grave aspecto; uno de esos hombres de quienes, al verlos, se adivina que han atravesado lejanos y desconocidos países en medio de incesantes peligros y cuya tranquila mirada parece conservar allá en sus profundidades algo de los extraños paisajes que han visto; uno de esos hombres que parecen respirar valor por todos sus poros, habló por la primera vez:

—Dice usted, comandante, que ha tenido miedo. ¡Bah!, no lo creo. Usted no dice la palabra exacta o se engaña sobre la sensación que ha experimentado. Un hombre enérgico jamás tiene miedo en presencia de un peligro cierto, por grave y apremiante que sea; se siente emocionado, agitado, ansioso; pero el miedo... ¡ah el miedo es otra cosa!

El comandante contestó riendo:

—¡Demonio, yo le respondo a usted de que tuve miedo!

Entonces el hombre de rostro bronceado, pronunció con voz lenta:

—Permítame usted que me explique. El miedo (y los hombres más valientes

pueden tenerlo), es algo horrendo; una sensación atroz, como una descomposición del alma, un terrible espasmo del cerebro y del corazón, cuyo solo recuerdo hace estremecer de angustia. Pero nada de eso sucede, siendo valiente, ni ante un ataque, ni en presencia de una muerte inevitable o de cualquiera de las formas conocidas del peligro: no, eso tiene lugar en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas, enfrente de inciertos y vagos riesgos. El verdadero miedo es algo como una reminiscencia de terrores fantásticos de otras veces. Un hombre que crea en los resucitados y que se imagine percibir un espectro durante la noche, debe experimentar el miedo en todo su espantoso horror.

Por mi parte, les diré a ustedes que he sentido miedo dos veces en mi vida: la primera hace diez años, aproximadamente, en pleno día; la segunda el invierno pasado en una noche de Diciembre.

Y, sin embargo, he afrontado graves peligros y he corrido miles de aventuras que parecían mortales. Me he batido frecuentemente; me han atacado forajidos y me han dejado por muerto en medio de un monte; he sido condenado por insurrecto a ser ahorcado en América y en las costas de la China me han arrojado al mar desde el puente de un barco.

Pues bien, cada vez que me he creído perdido he tomado mi partido sin enternecerme y sin el menor sentimiento de tristeza.

Pero el miedo ¡ah! el miedo.

Lo he presentido en África. Y, sin embargo, eso es un sentimiento hijo del Norte; el Sol lo disipa como la niebla.

Entre los orientales la vida no tiene valor alguno: se resignan a perderla con la mayor facilidad. Las noches allí son claras, serenas, sin leyendas ni narraciones que turban su reposo; las almas están ajenas de las sombrías inquietudes que asaltan los cerebros en los países fríos, En Oriente se puede conocer el pánico; pero se ignora lo que es el miedo.

Pues bien, señores, he aquí lo que me ha sucedido en esta tierra africana.

Atravesaba las grandes dunas al Sur de Ouargla Es aquel uno de los países más extraños del mundo. Ya conocéis las arenas suaves y compactas de las interminables playas del Océano. ¡Pues bien! Figuraos el mismo Océano convertido en arena en medio de un huracán; imaginad una tempestad silenciosa de inmóviles olas de polvo amarillo. Son altas como montañas esas olas desiguales, diferentes, y que se levantan de pronto como torrentes desencadenados, formando terribles remolinos.

Sobre esa mar furiosa, muda y sin movimiento, vierte el devorante y ardoroso sol del Sur su llama implacable y directa. Y hay que trepar aquellas montañas de doradas cenizas, bajar al llano, subir de nuevo, subir sin cesar, sin reposo y bajo los rayos de

aquel sol abrasador.

Los caballos desfallecen de cansancio, se entierran hasta las rodillas y se escurren al trasponer las vertientes de aquellas sorprendentes cobras.

Marchábamos dos amigos seguidos de ocho sphais y cuatro camellos con sus guías. Íbamos en silencio, agobiados de calor, de fatiga y muertos de sed, como el desierto ardiente que atravesábamos. De pronto uno de los hombres lanzó una especie de grito: todos se detuvieron; y nosotros permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido de los viajeros en aquellos lejanos parajes.

No sé dónde, en cualquier parte, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada un tambor redoblaba: el misterioso tambor de las dunas; redoblaba distintamente, tan pronto vibrante tan pronto vibrante, tan pronto en un tono más bajo, cesando para dejar oír de nuevo su fantástico redoblar.

Los árabes, espantados, se miraban y uno de ellos dijo en su lengua: «La muerte está sobre nos otros...». Y he aquí que de pronto, mi compañero, un amigo, casi mi hermano, cayó de su caballo de cabeza, herido como el rayo de una insolación. Y durante dos horas, mientras trataba en vano de salvarle, constantemente, sin cesar un momento, aquel tambor fantástico atormentaba mi oído con su ruido monótono, intermitente e incomprensible; y yo sentía que penetraba en mis huesos el miedo, el espantoso, el verdadero miedo, enfrente de aquel cadáver, querido, en aquel hoyo incendiado por el sol, entre cuatro montes de arena, mientras un eco, desconocido, misterioso y terrible, nos traía a doscientas leguas de la población francesa el redoble rápido del tambor...

Aquel día comprendí lo que es tener miedo; y lo comprendí mejor aun otro día...

El comandante interrumpió al narrador:

—Perdone usted; pero ¿y aquel ruido de tambor, qué era?

El viajero respondió:

—No sé ni lo sabe nadie. Los oficiales, frecuentemente sorprendidos por ese ruido singular, lo atribuyen generalmente al eco aumentado, multiplicado por la forma especial de las dunas, del fluido que producen los granos de arena que, empujados por el viento, van a chocar contra ciertas hierbas secas; porque se ha observado que el fenómeno se produce siempre cerca de unas pequeñas plantas quemadas por el sol y duras como el pergamino; así, pues, ese ruido de tambor no era sino una ilusión. Pero estos detalles no los supe sino más tarde.

Y voy a contarles a ustedes ahora mi segunda emoción.

La sentí el invierno pasado en medio de un monte del Noroeste de Francia. El cielo estaba tan sombrío que la noche se había adelantado dos horas. Llevaba por guía un campesino que marchaba a mi lado por un estrecho sendero bajo una bóveda de pinos de los que el viento desencadenado parecía arrancar tristes y lúgubres quejidos.

A través de los árboles veía correr las nubes que semejaban seres fantásticos que huían ante un espantoso peligro. A veces, bajo el impulso de una inmensa ráfaga de viento, todo el bosque se inclinaba en el mismo sentido, y parecían salir de las ramas

y de los troncos, azotados por el vendaval, gemidos de dolor; el frío iba invadiéndome y sentí que me penetraba hasta los huesos a pesar de mi rápida marcha y de lo grueso de mis vestidos.

Íbamos camino de un monte próximo, donde me proponía cazar, debiendo cenar y dormir en casa del guarda donde nos dirigíamos.

Mi guía levantaba de vez en cuando la cabeza y murmuraba: «¡Qué tiempo tan triste!».

Después me habló del guarda y su familia a cuya casa íbamos. El padre había matado a un cazador furtivo hacia dos años, y desde entonces parecía sombrío, como obsesionado por un recuerdo. En su compañía habitaban dos hijos casados.

Las tinieblas eran profundas. No se veía nada en derredor nuestro y las ramas de los árboles entrechocados llenaban las sombras de un lúgubre e incesante rumor.

Al fin, percibimos una luz y mi compañero llamó a una puerta. Algunos gritos de mujeres nos contestaron. Después la angustiada voz de un hombre gritó: ¿Quién va? Mi guía se dio a conocer y al entrar presencié un cuadro inolvidable.

Un hombre anciano, con los cabellos blancos, los ojos saliéndole de las órbitas, teniendo el fusil cargado entre sus manos, nos esperaba de pie en medio de la cocina, mientras dos muchachones armados con hachas guardaban la puerta y distinguí en los sombríos rincones dos mujeres de rodillas con la cara vuelta hacia la pared.

El viejo colocó su arma contra el muro y ordenó que preparasen mi habitación: luego, viendo que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Caballero, esta noche hace dos años que maté a un hombre. El año pasado me vino a llamar; esta noche lo estaba esperando.

Y añadió con un tono que me hizo sonreír:

—Ya ve usted; por eso estamos intranquilos.

Le tranquilicé como pude, alegrándome de haber llegado justamente aquella noche y asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso. Empecé a contarles cuentos alegres y conseguí calmar un poco a toda aquella gente.

Al lado del ancho hogar un perro viejo, casi ciego y bigotado, uno de esos perros que se parecen a alguien que uno conoce, dormía con el hocico entre las patas.

Fuera, la furiosa tormenta azotaba la casita donde estábamos reunidos, y a través de un estrecho cristal, especie de tragaluz colocado en la pared, cerca de la puerta, veía a cada instante los árboles agitados por el viento, entre relámpagos deslumbradores.

A pesar de los esfuerzos que hacía por distraerlos, yo comprendía que un profundo terror dominaba a aquellas gentes, y cada vez que dejaba de hablar todos los oídos escuchaban a lo lejos como si esperaran algún ruido de fuera. Cansado de asistir a aquellos estúpidos temores, iba a pedirles que me condujesen a mi habitación, cuando el viejo, de pronto, dio un salto en su silla, cogió precipitadamente el fusil, balbuceando con azorada voz: «¡Allí está!, ¡ahí está!... ¡Ya le oigo!...».

Las mujeres volvieron a caer, de rodillas, ocultándose las caras contra la pared y

los hijos se armaron de nuevo con las hachas. Me disponía a tratar de calmarle otra vez, cuando el perro dormido se despertó bruscamente y, levantando la cabeza, tendiendo el cuello y mirando hacia el fuego con su casi apagada mirada, comenzó a lanzar esos lúgubres aullidos que hacen estremecer al viajero en medio del campo. Todas las miradas se clavaron en el animal, que permanecía inmóvil, rígido sobre sus cuatro patas, y seguía aullando como en presencia de algo invisible, desconocido, horrible sin duda, porque todo su pelo se erizaba. El guarda, lívido, gritaba: —«¡Le da el olor le da el olor!, ¡el perro estaba allí cuando le maté!». Y las mujeres, aterradas, empezaron a aullar con el perro.

A pesar mío, un gran estremecimiento corrió por mis hombros. La visión del animal en aquel sitio, a aquella hora, en medio de aquellas gentes despavoridas, era espantosa de ver.

Y durante una hora, el perro aulló sin moverse, aulló como en la angustia de un sueño; y el miedo, el espantoso miedo penetró en mi alma; ¿miedo de qué? ¡Qué sé yo; pero tenía miedo!...

Permanecimos inmóviles, lívidos, en espera de un suceso espantoso, oído alerta, agitado el corazón, aterrados con el más ligero ruido. El perro comenzó a dar vueltas alrededor de la cocina, olfateando las paredes y gimiendo constantemente. ¡Aquel animal nos volvía locos! De pronto el campesino que me había servido de guía, se arrojó sobre el perro en una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba a un corralillo, lo arrojó fuera de la habitación.

El animal dejó instantáneamente de aullar y nosotros quedamos como sumergidos en un silencio aun más terrorífico que antes de que el perro saliera. De repente, todos a un tiempo, sentimos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba contra el muro de fuera, en dirección al monte; después pasó junto a la puerta que pareció tocar con mano vacilante; después... nada... durante dos minutos en que todos estábamos mirándonos como insensatos, no se oyó ruido alguno; al cabo de ese tiempo volvió rozándose contra el muro exterior: arañó suavemente, como pudiera hacerlo un niño con sus uñas... de pronto, una cabeza apareció contra el cristal del tragaluz; una cabeza blanca, con ojos fosforescentes como los de las fieras y un ruido salió de su boca, un sonido indistinto, un quejumbroso murmullo... Un formidable ruido estalló en la cocina. El guarda había disparado su fusil. Inmediatamente los hijos se precipitaron y taparon el tragaluz con una gran mesa que había en un extremo de la habitación, corriendo el pesado cerrojo de la puerta.

Y yo os juro que al estallido del disparo, que no esperaba, experimenté una tal angustia en el corazón, en el alma y en el cuerpo que me sentí desfallecer, a punto de morir de miedo.

Permanecimos allí hasta la aurora, incapaces de movernos, de pronunciar una palabra, crispados por un indecible enloquecimiento.

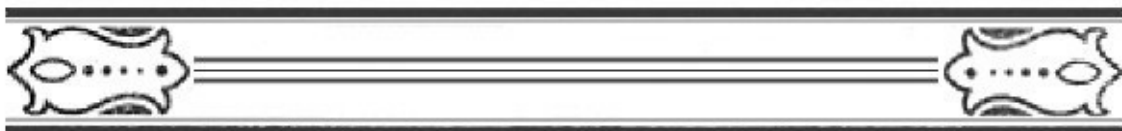
No nos atrevimos a desembarazar la salida hasta que, a través de la ventana, vimos un rayo de luz del día.

Al pie del muro exterior, contra la puerta, yacía el perro, el cuello atravesado de un balazo.

Había logrado salir del corralillo haciendo un agujero en la empalizada.

El narrador calló. Después de unos instantes de silencio dijo:

—Aquella noche, sin embargo, yo no corría ningún riesgo; pero os juro que hubiera preferido volver a afrontar todos los más terribles peligros de mi vida, que pasar por un minuto semejante a aquel en que el guarda disparó contra la cabeza que veía detrás del tragaluz.



LA MANO

Se habían agrupado alrededor del juez de instrucción que daba su opinión sobre el misterioso crimen de Saint-Cloud. Desde hacia un mes todo París se ocupaba de este asunto, envuelto en sombras que nadie lograba penetrar.

M. Bermutier, de pie y apoyado en la chimenea, hablaba, reunía pruebas y antecedentes, discutía las diversas opiniones, pero no hacía deducción alguna concreta.

Muchas señoras se habían levantado para aproximarse y permanecían de pie, la mirada fija en el magistrado, de cuyos labios salían graves e interesantes palabras, y las mujeres se estremecían, vibraban crispadas por esa medrosa curiosidad, por esa ávida e insaciable necesidad de emoción y de espanto que asedian su alma y la tortura como el hambre tortura el cuerpo.

Una de ellas, más pálida que las otras, pronunció durante un silencio:

—Es horrible; todo eso toca en lo *sobrenatural*. Jamás se averiguará nada.

El magistrado se volvió hacia ella:

—Sí, señora —dijo— es probable que no se averigüe nada. Con lo que no estoy conforme es con la palabra *sobrenatural* que acaba usted de emplear. Estamos en presencia de un crimen hábilmente concebido y más hábilmente aun ejecutado, envuelto en un misterio tal que no podemos desenvolverle de las circunstancias impenetrables que le rodean... Pero yo he intervenido en otra ocasión en un asunto en el que verdaderamente parecía mezclarse algo fantástico. Hubo necesidad de abandonarlo por falta de medios para esclarecer aquellos hechos extraños y, como digo, fantásticos.

Muchas señoras dijeron al mismo tiempo, tan de prisa que sus voces se confundieron en una sola:

—¡Ay, cuéntenos usted esa historia!

M. Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción y repuso:

—No crean ustedes que yo he podido, ni por un solo instante, suponer en esta

aventura algo sobrehumano. Yo no creo sino en las cosas normales. Pero si en lugar de emplear la palabra *sobrenatural*, para expresar lo que no comprendemos, nos sirviéramos simplemente de la palabra *inexplicable*, sería mucho mejor. De todos modos, en el asunto que voy a hablar a ustedes son sobre todo las circunstancias preparatorias y posteriores del suceso mismo las que me emocionan verdaderamente. En fin, he aquí los hechos:

Yo era en aquella época juez de instrucción de Ajaccio, un pueblecito de casas blancas, acostado sobre el borde de un admirable golfo rodeado de altas montañas.

Lo que más me daba que hacer allí era sobre todo las *vendettas*. Y las he presenciado soberbias, dramáticas hasta más no poder, feroces, heroicas. Se encuentran allí los más interesantes crímenes por venganza que se puede soñar: los odios seculares un momento apaciguados, pero jamás extinguidos: abominables estratagemas, asesinatos que se convertían en degüellos de familias enteras, que tomaban el carácter de verdaderas batallas. Hacía dos años que no oía hablar sino del precio de la sangre, de ese terrible prejuicio corso que obliga a vengar toda injuria sobre la persona que la ha inferido, sobre sus descendientes y sus amigos. He visto degollar viejos y niños: padres, hermanas, primos... y tenía la cabeza llena de esas terribles historias.

Un día supe que un inglés acababa de alquilar por cierto número de años un hotelito situado en los alrededores del golfo.

Por toda servidumbre tenía un criado francés, tomado a su paso por Marsella.

Bien pronto todo el mundo empezó a ocuparse de aquel singular personaje que vivía solo en su casa, no saliendo de ella sino para cazar y pasear. No hablaba con nadie, no iba jamás al pueblo, y todas las mañanas, durante una o dos horas se ejercitaba en tirar al blanco con pistola o con carabina.

Alrededor de su nombre comenzaron a formarse historias diversas y extrañas. Unos decían que era un importante personaje emigrado por razones políticas; otros afirmaban que se ocultaba después de haber cometido un espantoso crimen. Y hasta citaban, a propósito de esto, circunstancias particularmente horribles.

Por mi parte, en calidad de juez de instrucción, quise adquirir algún dato sobre algún hombre; pero me fue imposible averiguar nada, sólo conseguir saber su nombre, o al menos el nombre con que se daba a conocer: John Rowell.

Me contenté con vigilarle discretamente porque en realidad nadie me señalaba hecho alguno concreto que me autorizara para más.

Sin embargo, en vista de que los rumores que acerca de él circulaban siguieran en aumento y se llegaran a hacer generales, resolví tratar de ver personalmente a aquel extranjero y me puse a cazar regularmente en los alrededores de su finca.

Esperé mucho tiempo una ocasión. Ésta se presentó al fin, bajo la forma de una perdiz que tiré y maté en presencia del inglés. Mi perro me la trajo: pero yo me

acerqué en seguida a Sir John Rowell, excusándome de mi inconveniencia y rogándole que aceptase el pájaro que acababa de matar.

Era un hombre alto, con la barba y el pelo rojos, muy ancho de espaldas, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía la *tiesura* que se atribuye a sus compatriotas y me dio vivamente las gracias con un pronunciado acento británico. Durante el mes siguiente volví a vede y hablé con él cinco o seis veces.

Una tarde, al pasar por delante de su puerta, le vi en el jardín, a caballo sobre una silla y fumando tranquilamente su pipa. Le saludé y me invitó a entrar para beber un vaso de cerveza. No me lo hice repetir.

Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa, habló con elogio de Francia, de Córcega y declaró que él *amar mocho* este país y este clima.

Con grandes prevenciones y bajo la forma de un vivo interés, le dirigí algunas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Sir John Rowell me contestó con desenvoltura y me contó que había viajado mucho, en África, en la India, en América. Y añadió riendo:

—¡Mi haber tenido muchas aventuras, oh, yes!

Después nos pusimos a hablar de caza y el inglés me dio los más curiosos detalles sobre el modo de cazar el hipopótamo, el tigre, el elefante y hasta el gorila.

—Todos esos animales son terribles —dije yo.

Sir John sonrió.

—¡Oh, no! el más malo ser el hombre.

Y se echó a reír con aire satisfecho y contento.

—Mi haber cazado mocho el hombre también, dijo.

Luego hablamos de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme los fusiles de diversos sistemas que tenía.

Su salón estaba tapizado de seda negra bordada de oro. Grandes flores amarillas se extendían sobre aquel tejido sombrío y brillaban como si fueran de fuego.

—Es una tela japonesa —me dijo el inglés.

Pero en el centro de la pared más ancha una cosa extraña me llamó la atención. Sobre un cuadro de terciopelo encarnado se destacaba un objeto negro, que no distinguía bien; me aproximé: era una mano, una mano de hombre. Pero no una mano esquelética, blanca y limpia, sino una mano negra, disecada, con las uñas largas y amarillentas, los músculos al descubierto, con huellas de sangre antigua, mugrienta, sobre los huesos cortados en seco, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo.

Alrededor de la muñeca, una enorme cadena de hierro, remachada, soldada en aquel miembro mutilado y sudo, lo sujetaba a la pared con un anillo lo bastante fuerte y resistente para tener preso a un elefante.

—¿Qué es eso? —pregunté.

El inglés contestó tranquilamente:

—Esta ser mí mayor enemiga. Ella venir de América. Cortar con un sable y arrancar la piel con una piedra cortante y secar al sol durante ocho días. ¡Ah!, ¡muy

buena para mí, ésta!

Me acerqué y toqué aquel resto humano que debió pertenecer a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban unidos por enormes tendones que conservaban en algunos sitios trozos de piel. Causaba horror ver aquella mano desollada y que hacia pensar naturalmente en una venganza de salvaje.

—Este hombre debía ser muy fuerte, exclamé.

El inglés pronunció con dulzura:

—¡Ach! yes; pero yo estar más fuerte que él Yo poner esta cadena para que no se escape.

Creí que bromeaba y sonriéndome le dije:

—Esa cadena ya es inútil; la mano no se escapará seguramente.

Sir John Rowell repuso con grave acento:

—Ella querer siempre marcharse. Esa cadena es necesaria.

Con una rápida mirada interrogué su fisonomía, preguntándome:

—¿Este hombre es un loco o está burlándose de mí?

Pero su cara permanecía impassible, tranquila, sonriente.

Cambié de conversación y elogí sus armas de fuego que eran excelentes.

Antes de marcharme observé que tres revólvers cargados estaban colocados sobre los muebles, como si aquel hombre hubiera vivido con el constante temor de una agresión.

Volví varias veces a su casa. Después fui especulando cada vez más mis visitas y por último dejé de ir en absoluto. En Ajaccio se habían acostumbrado a su presencia y se había llegado a convertir en un ser indiferente para todos.

*
* *

Un año entero transcurrió... Hacia fines del mes de noviembre, una mañana mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche anterior.

Media hora después, penetraba en casa del inglés acompañado del comisario y del capitán de gendarmería. El ayuda de cámara, acongojado y desesperado, lloraba delante de la puerta. En los primeros momentos mis sospechas recayeron sobre aquel hombre; más tarde comprendí que era inocente.

Jamás se logró encontrar al culpable. Al entrar en el salón de Sir John, percibí el cadáver extendido sobre la espalda, en medio de la habitación.

Tenía el chaleco destrozado, una de cuyas mangas estaba arrancada y rasgada: todo anunciaba que allí había tenido lugar una lucha terrible.

¡El inglés había sido estrangulado! Su cara negra e hinchada, horrorosa, reflejaba un abominable espanto; entre sus apretados dientes tenía algo que no se podía a simple vista distinguir y el cuello señalado con cinco agujeros que parecían hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

El médico llegó, se arrodilló junto al cadáver y examinó atentamente las huellas que los dedos dejaron sobre la carne y pronunció estas extrañas palabras:

—¡Cualquiera diría que este hombre ha sido estrangulado por un esqueleto!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero, y sin darme cuenta de lo que hacía dirigí la mirada hacia la pared, al sitio donde en otras ocasiones había visto la horrible mano desollada... La cadena rota pendía a lo largo del muro... la mano había desaparecido...

Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la mano desaparecida, cortado, como aserrado, por los dientes hasta la segunda falange.

Se practicaron todo género de diligencias; no se logró descubrir nada. No había sido forzada ninguna puerta, ninguna ventana, ningún mueble.

Los dos perros del guarda habían permanecido tranquilos y dormidos.

He aquí en pocas palabras la declaración del criado:

Desde hacía un mes su amo parecía agitado.

Había recibido muchas cartas que había ido quemando a medida que las leía.

Muchas veces le había visto poseído de una especie de locura furiosa, coger un látigo y descargar tremendos golpes sobre aquella mano despellejada, clavada al muro y desaparecida en la hora misma del crimen.

Se acostaba siempre tarde y se encerraba cuidadosamente en su habitación. Tenía siempre armas cargadas al alcance de su brazo. Con frecuencia, por la noche, hablaba alto, como si estuviera hablando con alguien.

Casualmente aquella noche no había hecho ningún ruido; y el criado al entrar por la mañana en el salón para abrir las ventanas, había encontrado a Sir John asesinado. No sospechaba de nadie.

Una noche, tres meses después del crimen, tuve una espantosa pesadilla. Me parecía que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de las paredes de mi alcoba. Tres veces me desperté, tres veces volví a dormirme: otras tantas vi el repugnante despojo humano galopando alrededor de mi cuarto, moviendo y removiendo sus largos dedos que parecían las patas de un bicho.

Al día siguiente me la trajeron. La habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell, allí enterrado porque no se había podido encontrar a su familia. El dedo índice faltaba.

He aquí, señoras, mi historia. No sé más.

Las mujeres estaban pálidas emocionadas, estremecidas, palpitantes. Una de ellas, no pudiendo contenerse, exclamó:

—¡Pero eso no es un desenlace ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice usted la opinión que usted formó de ese asunto.

El magistrado sonrió con severidad y respondió:

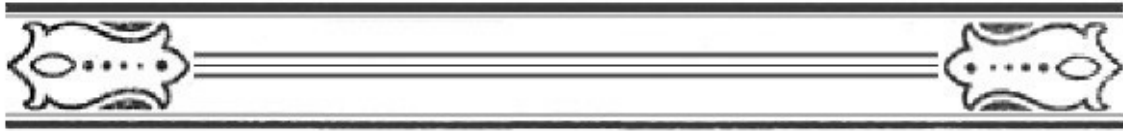
—Yo siento mucho, señoras, que no vean ustedes realizados sus terribles sueños y temo que no les baste mis explicaciones. Lo que pienso de este asunto es, simplemente, que el legítimo propietario de la mano no había muerto y que vino a recuperarla con la que le quedaba. Lo que no he podido averiguar es cómo lo hizo. Éste ha sido sencillamente, una forma de *vendetta*.

La misma mujer que había interpelado al juez murmuró:

—No, no debe ser eso...

El juez de instrucción, siempre sonriente, dijo para terminar:

—Ya sospechaba yo que no se contentaría usted con mi explicación.



EL TESTAMENTO

Hacía poco tiempo que conocía a aquel muchacho que se llamaba René de Bourneval. Su trato era amable, aunque un poco triste; parecía desengañado de todo, sumamente escéptico, de un escepticismo mordaz, hábil sobre todo para poner de manifiesto, con una sola palabra, las hipocresías humanas. Con frecuencia le oía decir: «En la vida no hay hombres honrados o al menos no lo son sino relativamente a los tunantes».

Tenía dos hermanos con quienes no trataba nunca, y yo suponía que su madre se había casado dos veces en vista del distinto apellido de aquellos.

En algunas ocasiones había oído decir que en aquella familia había ocurrido una extraña historia, pero no me daban de ella ningún detalle.

Las condiciones morales de aquel hombre me gustaban y bien pronto nos hicimos amigos.

Una noche, después de haber comido los dos solos en su casa, le pregunté, no sé por qué: ¿Usted nació del primero o del segundo matrimonio de su madre? Le vi palidecer un poco, después sonrojarse y permaneció algunos segundos sin hablar, visiblemente turbado.

Al fin, con la sonrisa dulce y melancólica que le era peculiar, dijo: «Mi querido amigo, si no le fastidia a usted voy a darle sobre mi origen algunos detalles bien singulares. Sé que es usted un hombre inteligente y no temo que su amistad por mí disminuya al saberlos; si lo temiera así, no sentiría el gusto y la satisfacción que siento teniéndole por amigo».

Mi madre era una mujer bondadosa y tímida, y por cuya fortuna, bastante considerable, Mr. Coureils la hizo la corte y acabó por casarse con ella.

Toda su vida fue un martirio. De alma delicada, temerosa y amante, fue maltratada por aquel que debió ser mi padre, hombre de noble cuna, que no era por su aspecto ni por sus inclinaciones sino un palurdo zafio y grosero. Al cabo de un mes de matrimonio, tenía por querida una criada de la casa, sin dejar por eso de perseguir y hacer objeto de sus torpes amores a las hijas y mujeres de sus colonos.

Nada de esto le impidió tener dos hijos de su mujer; debería decir tres, comprendiéndome a mí. Mi madre nada decía; en aquella casa llena de ruido y algazara, vivía mi madre como esos ratoncillos que se ocultan debajo de los muebles. Asustada, acobardada, estremecida, miraba a la gente con sus ojos claros e inquietos, siempre moviéndolos de un lado a otro, con los ojos propios de una persona azorada, dominada siempre por el miedo. Era bonita, sin embargo; muy bonita, rubia, de un rubio gris, un rubio tímido, por decirlo así, como si sus cabellos se hubiesen descolorido por sus incesantes temores.

Entre los amigos de Mr. de Coureils, que venían constantemente al castillo, se encontraba un antiguo oficial de caballería, viudo, hombre temible, de carácter a un tiempo tierno y violento y capaz de las más enérgicas resoluciones: Mr. de Rousseau y hubiera podido asegurarse que había heredado algo de aquellas resoluciones de su antepasado. Sabía de memoria el *Contrato social*, la *Nueva Eloisa* y todos esos libros filosóficos que han ido poco a poco preparando y realizando la transformación de nuestros antiguos usos, de nuestros prejuicios, de nuestras rancias y antiguas leyes, de nuestra moral estúpida e imbecil.

Amó a mi madre y fue de ella correspondido. Aquellas relaciones permanecieron secretas hasta el punto de que nadie las sospechó. La pobre mujer, abandonada y triste, debió unirse a aquel hombre de una manera desesperada, y adquirir con su trato su mismo modo de pensar: teorías del libre sentimiento, audacias de amor independiente; pero como era tímida hasta el punto de no osar levantar la voz, todas aquellas teorías fueron encerradas, condensadas, prensadas en su corazón, que no se abría jamás.

Mis dos hermanos habían sido duros, ariscos con ella como su padre; nunca la acariciaban, y acostumbrados al poco caso que de ella se hacía, a lo poco que se le consideraba en la casa, la trataban casi como a una criada.

Yo fui el único de sus hijos que la quiso verdaderamente y a quien ella también amó.

Murió cuando yo tenía 18 años. Debo añadir para que usted comprenda lo que voy a contarle que por consejo judicial se había pronunciado en el matrimonio una separación de bienes en provecho de mi madre, que había conservado gracias a los artificios de la ley y a los buenos oficios de un notario que la era adicto el derecho de testar a su capricho.

Fuimos, pues, prevenidos de la existencia de un testamento en casa de aquel notario e invitados a asistir a su lectura.

Me acuerdo de aquella como si fuera ayer. Fue una escena grandiosa, dramática, burlesca, sorprendente, producida por la protesta, por la indignación y la revelación póstuma de aquella muerta, por aquel grito de libertad, aquella reivindicación desde el fondo de la tumba, de aquella mártir oprimida por nuestras costumbres durante su

vida y que lanzaba desde su sepulcro un grito desesperado de independencia.

El que pasaba por ser mi padre, un hombre grueso, sanguíneo, cuyo aspecto despertaba la idea de un carnicero, y mis hermanos, dos muchachones de veinte y veintidós años, respectivamente, esperaban tranquilamente sentados la lectura del documento. Mr. de Bourneval, invitado a presenciar el acto, entró, colocándose detrás de mí. Estaba vestido con una larga y ajustada levita negra que hacía resaltar notablemente su intensa palidez, y con un movimiento nervioso mordisqueaba su bigote que comenzaba a blanquear; indudablemente sabía lo que allí iba a suceder.

El notario cerró la puerta con llave y comenzó la lectura, después de haber roto en nuestra presencia el sobre sellado con cera encarnada y del cual ignoraba el contenido.

.....

Bruscamente mi amigo calló, y levantándose de su asiento se acercó a la mesa y de uno de sus cajones tomó un papel amarillento, lo desplegó y besándolo con respeto, con verdadera devoción, repuso: —He aquí el testamento de mi adorada madre.

«Yo, la abajo firmante, Ana Catalina, Genoveva-Matilde de Croiluxe, esposa legítima de Juan Leopoldo-José Gontrán de Coureils, sana de cuerpo y alma, expreso aquí mis últimas voluntades.

»Pido perdón a Dios, primero, y después a mi hijo René del acto que voy a realizar. Creo a mi hijo dotado de bastante buen corazón para comprenderme y perdonarme. He sufrido horriblemente toda mi vida. He sido casada por cálculo; después despreciada, desconocida, oprimida, engañada sin cesar por mi marido.

»Yo le perdono, pero no le debo nada.

»Mis hijos mayores no me han querido, no me han consolado con sus caricias, con sus cuidados; a penas me han tratado como a una madre.

»Yo he sido para ellos, durante mi vida, lo que debía ser; no les debo tampoco nada después de mi muerte. Los lazos de la sangre no existen sin la afección constante, sagrada, de cada día. Un hijo ingrato es menos que un extraño; es un culpable, porque no tiene el derecho de ser indiferente con su madre.

»Yo he temblado siempre ante los hombres, ante sus leyes injustas e inicuas, sus costumbres inhumanas, sus infames prejuicios. Ante Dios no temo nada. Muerta ya, arrojé de mí la vergonzosa hipocresía; me atrevo a decir mi pensamiento, declarar y firmar el secreto de mi corazón.

»He dejado en depósito toda la parte de mi fortuna de que la ley me permite disponer a mi amante Pedro Germer-Simón de Bourneval, a quien adoro, para que sea entregada en seguida a nuestro querido hijo René.

»(Esta voluntad está formulada de una manera más precisa en un acta notarial).

»Y ante el Juez Supremo que me escucha declaro que habría maldecido al cielo y a la existencia, sino hubiese encontrado la afección profunda, constante, tierna de mi amante, si en sus brazos no hubiese comprendido que el Creador ha hecho los seres para amarse, sostenerse, consolarse y llorar juntos en las horas de amargura.

»Mis dos hijos mayores tienen por padre a Mr. de Courcils; Rene sólo debe la vida a Mr. de Bourneval. Yo ruego a Dios, amo y señor de todos los hombres y de sus destinos, que coloque por encima de los prejuicios sociales al padre y al hijo, que les inspire un mutuo y eterno cariño y respeto hacia mi memoria.

»Tal es mi último pensamiento y mi postrer deseo,

»*Matilde de Croiluxe*».

Mr. de Courcils se había levantado, gritando:

—«Ése es el testamento de una loca».

Entonces Mr. de Bourneval avanzó un paso y con voz fuerte, con voz cortante, pronunció estas palabras:

—«Yo, Simón de Bourneval, declaro que este escrito no encierra sino la estricta verdad. Estoy pronto a probarlo por cartas que conservo en mi poder».

Mr. de Courcils marchó hacia él.

Yo creí que iban a lanzarse uno sobre otro.

Y estaban allí frente a frente, grandes los dos, delgado y pálido el uno, grueso y apoplético el otro, ambos estremecidos de furor. El marido de mi madre, con voz alterada por la rabia, balbuceó: «¡Es usted un miserable!». El otro pronunció con el mismo tono vigoroso y seco: «En otro lado nos entenderemos». «Ya le hubiera a usted abofeteado y provocado hace mucho tiempo si no me hubiese preocupado, ante todo, la tranquilidad y el sosiego durante su vida de la pobre mujer a quien tanto ha hecho usted sufrir».

Después, volviéndose hacia mí, me dijo: «Usted es mi hijo. ¿Quiere usted seguirme? Yo no tengo el derecho de llevarle a usted conmigo; pero me lo tomo si usted quiere acompañarme».

Yo estreché su mano sin pronunciar palabra.

Y salimos juntos.

Dos días más tarde Mr. de Bourneval mataba en duelo a Mr. Courcils. Mis hermanos, por temor a un terrible escándalo se han callado. Yo les he cedido y ellos han aceptado la mitad de la fortuna dejada por mi madre.

Yo he tomado el nombre de mi verdadero padre, renunciando al que la ley me daba y que no era el mío.

Mr. de Bourneval murió hace cinco años y yo no me he consolado de su muerte.

.....

Se levantó, dio algunos pasos, y colocándose delante de mí: «Y bien, yo digo que el testamento de mi madre es uno de los actos más hermosos, más leales, más grandes que una mujer puede realizar. ¿No piensa usted lo mismo?».

Yo le alargué mis dos manos, y estrechando fuertemente las suyas, exclamé con toda la sinceridad de mi alma: «¡Oh, sí, ciertamente, amigo mío!».



¡SALVADA!

La marquesa de Reunedón entró como una exhalación y empezó a reír a carcajadas, con toda la fuerza de sus pulmones, con tantas ganas como se reía un mes antes, al anunciar a su amiga que acababa de engañar a su marido para vengarse, nada más que para vengarse y por una sola vez, porque verdaderamente el marqués, su esposo, era tan estúpido como celoso.

La baronesa de la Grangerie dejó sobre el diván el libro que leía y miró a Julia con curiosidad y contagiada ya por la alegría de su amiga.

—¿Qué has hecho, vamos a ver, qué has hecho? —la preguntó.

—¡Oh!... querida mía... querida raía... es curioso, curiosísimo... ¡Figúrate que me he salvado!... ¡me he salvado!... ¡me he salvado!...

—¡Sí; salvado!

—¿Pero de qué?

—¿Cómo salvado?

—¡De mi marido, hija mía, de mi marido! ¡Ya estoy libre!...

—¿Libre?... ¿En qué?...

—¿En qué?... ¡Oh, el divorcio!... ¡Sí, ya tengo en mi mano el divorcio!

—¿Te has divorciado?

—No, mujer, no; ¡qué cosas tienes! ¡No se divorcia una en tres horas! ¡Pero tengo pruebas... pruebas de que me era infiel... *un fragante delito... un fragante delito...* ya lo he conseguido!...

—¡Ay, cuéntame, cuéntame! ¿De modo que te engañaba?

—Sí... es decir, no... sí y no... no lo sé. En fin, tengo pruebas que es lo esencial.

—¿Pero qué ha sucedido?

—¿Qué ha sucedido? Pues ahora verás...

Te aseguro que lo he hecho bien... ¡bien!... Desde hace tres meses mi marido estaba insoportable, odioso, brutal, grosero, déspota, innoble, en fin. —Esto no puede seguir así —me decía a mí misma—; el divorcio se impone, pero ¿cómo? —La cosa no era fácil de obtener. He hecho todo lo posible para que me pegara: no lo he podido

conseguir. Me contrariaba desde por la mañana hasta la noche, me obligaba a salir cuando yo no quería, a quedarme en casa cuando yo deseaba salir; me hacía la vida imposible durante todos los días de la semana, pero no me pegaba.

Entonces traté de averiguar si tenía querida.

Sí, en efecto, tenía una; pero tomaba todo género de precauciones para ir a su casa.

Era punto menos que imposible sorprenderlos juntos. Entonces, ¿sabes lo que he hecho?

—¡Qué sé yo!

—¡Claro, cómo lo has de saber! He rogado a mi hermano que me proporcionara un retrato de esa mujerzuela.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Al día siguiente y mediante quince luises, había conseguido el retrato y el original... Y es guapa ¡vaya! y mi hermano Jacobo me ha dado interesantes detalles sobre su talle, el color de sus cabellos... sobre mil cosas...

—No comprendo el interés que tenías...

—Ahora verás. Cuando supe todo lo que quería saber, me fui... ¿cómo diré? a casa de... de un hombre de negocios... ya sabes... de esos hombres que se dedican a toda especie de negocios... agentes de... publicidad y de complicidad... de esos hombres... en fin, ya comprendes.

—¡Ya, ya! ¿Y qué le has dicho?

—Pues me fui a su casa y enseñándole la fotografía de Clarisa (así se llama) le dije: «Caballero, necesito una criada que se parezca a este retrato. Es preciso que sea bonita, elegante, fina, limpia. La pagaré lo que quiera; no reparo en el precio. La tendré a mi servicio tres meses todo lo más».

El hombre aquel me preguntó con un aire algo asombrado: ¿Desea usted que esa persona sea irreprochable?

Yo me puse colorada y contesté: —Sí; en cuanto a probidad. —El hombre continuó—: ¿Y en cuanto a... costumbres?... Yo no me atreví a responder; sólo tuve valor para hacer un signo con la cabeza que quería decir: no. Pero de pronto comprendí que el agente tenía una horrible sospecha y exclamé precipitadamente, avergonzada por la malicia de aquel hombre: —¡Oh, caballero... es para mi marido, que me es infiel, que me engaña fuera de mi casa... y yo quiero que me engañe en mi propio domicilio... para sorprenderle!... ¿Comprende usted?

El hombre de negocios se echó a reír y en la mirada que me dio comprendí que me había devuelto su estimación, hasta el punto de que estoy segura que, en aquel momento, sentía ganas de estrecharme la mano.

—Dentro de ocho días —me dijo— tendré lo que usted necesita; si no reúne las condiciones deseadas se cambiará por otro. No respondo del éxito. Usted me pagará después de que el *asunto* esté del todo terminado. ¿De modo que esta fotografía representa la querida de su señor esposo de usted?

—Sí, señor.

—Es guapa... delgada... bien; ¿y el perfume?

Yo no comprendí al principio su pregunta.

—¿Cómo el perfume? —dije.

Él continuó sonriendo.

—Sí, señora; el perfume es esencial para seducir a un hombre, porque le inspira inconscientes recuerdos que le colocan en excelentes disposiciones; el perfume establece obscuras confusiones en su espíritu y le turba y le enerva, recordándole sus placeres. También nos convendría saber lo que su señor esposo de usted tiene costumbre de comer cuando está en compañía de esa señora. De esa manera podría usted servirle los mismos platos el día señalado para *la sorpresa*. ¡Oh, son nuestros, señora, son nuestros!

Me marché contentísima, encantada. Decididamente había tenido la suerte de encontrar en aquel agente un hombre inteligentísimo.

Tres días después vi llegar a mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, con un aire atrevido y modesto al mismo tiempo, un aire de taimada que daba gusto verla.

Estuvo correctísima conmigo y yo, no sabiendo a punto fijo quién pudiera ser aquella mujer, la saludo llamándola «señorita». Entonces ella me dijo: —¡Oh! la señora me puede llamar Rosa, sencillamente—. Y comenzamos a hablar.

—Y bien, Rosa, ¿usted sabe para qué viene usted a mi casa?

—Lo sospecho, señora.

—Muy bien... ¿y eso... la... la disgusta... a usted?

—¡Oh! señora, con éste será el octavo divorcio que yo habré facilitado; ya estoy acostumbrada.

—Entonces perfectamente. ¿Le hace a usted falta mucho tiempo para conseguir... la cosa?

—¡Ah! Eso depende absolutamente del carácter del señor. Cuando lo haya visto a solas durante cinco minutos, podré responder exactamente a la señora.

—Va usted a verle en seguida, hija mía; pero le advierto a usted que es bastante feo.

—¡Bah! Eso no me importa, señora. Ya he *separado* a algunos que eran horrorosos. Pero... me permitiré preguntar a la señora si se ha informado del perfume...

—Sí, querida Rosa; la verbena.

—Tanto mejor, señora; me gusta mucho ese olor. ¿La señora puede decirme si la... amiga del señor gasta ropa interior de seda?

—No, hija mía; de batista con encajes.

—¡Oh! Entonces se trata de una persona distinguida, la seda va haciéndose cursi.

—Es verdad: tiene usted razón, Rosa.

—Si la señora me lo permite voy a empezar mi servicio.

Y en efecto, comenzó a ocuparse de los quehaceres de la casa, como si en su vida

no hubiera hecho otra cosa.

Una hora después volvió mi marido. Rosa no levantó siquiera los ojos hacia él; pero... él sí los levantó hacia ella. Rosa olía a verbena a una legua de distancia.

Al cabo de cinco minutos Rosa salió.

Mi marido me preguntó en el acto:

—¿Quién es esa muchacha?

—Mi nueva doncella.

—¿Quién te la ha recomendado?

—La baronesa de la Grangerie me la ha enviado con los mejores informes.

—¡Ah!; es bastante mona, ¿eh?

—¿Tú encuentras?...

—¡Psch... para una criada!

Aquella misma noche Rosa me dijo:

—Puedo asegurar a la señora que *el asunto* no durará más de quince días. ¡El señor es muy fácil!

—¡Ah! ¿Ha ensayado usted ya?

—No, señora; pero eso se nota a primera vista. He comprendido que tenía ganas de besarme al pasar a mi lado.

—¿No la ha dicho a usted nada?

—No, señora. Me ha preguntado solamente cuál era mi nombre... para oír de ese modo el timbre de mi voz.

—Muy bien, Rosa, muy bien; vaya usted todo lo escape que pueda.

—Descuide la señora. No resistiré más que el tiempo necesario...

Al cabo de ocho días mi marido apenas salía de casa. Le veía a todas horas por los pasillos; y lo que había de más significativa en su conducta era que no me impedía a mí salir.

Y, por mi parte, yo estaba fuera casi todo el día... para... para dejarle el campo libre.

Al noveno día, Rosa, al tiempo de hacer mi *toilette* para acostarme, me dijo con un aire tímido y candoroso:

—Ya está, señora; desde esta mañana... —Al principio me sentí sorprendida, hasta un poco emocionada, no de la noticia, si no más bien de la manera como Rosa me la dijo; y balbuceé—: ¿Y... y., ha sucedido sin dificultados?...

—Oh, sin ninguna, señora... Desde hace tres días, el señor se mostraba más solícito y más apremiante conmigo; pero yo no he querido ir demasiado de prisa. La señora tendrá la bondad de prevenirme para cuándo desea el flagrante delito.

—Sí, hija mía. Vamos a señalar el jueves.

—Muy bien, el jueves. A fin de interesarle más no le concederé nada al señor hasta ese día.

—¿Está usted segura del éxito, Rosa?

Oh, segurísima; sí, señora. Emplearé los grandes recursos para tenerle entretenido

hasta el momento preciso que la señora tenga a bien designarme.

—Bueno; entonces, el jueves a... las cinco de la tarde; ¿le parece a usted bien?

—Perfectamente... ¿Y en qué sitio?

—Pues... en mi cuarto.

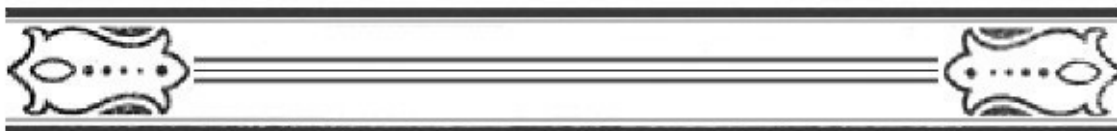
—Sea. En el cuarto de la señora, el jueves, a las cinco en punto. —Ya comprenderás lo que hice después de esa conversación. Fui primero a buscar a mi padre y a mi madre, luego a mi tío Orvelín, el presidente, y después a Mr. Raplet, el juez amigo de mi marido.

Yo no les advertí lo que iban a presenciar. Les hice entrar a todos, andando de puntillas hasta la puerta de mi cuarto. Allí esperé que fueran las cinco; las cinco en punto... ¡Oh! ¡Cómo me latía el corazón! Hice que subiera también el portero para tener un testigo más... Por último, en el momento en que empezó a sonar la campana del reloj... ¡pam! Abrí la puerta de par en par... ¡Ah, hija mía, qué escena! Qué cara... Si hubieras visto su cara... ¡porque el muy imbécil volvió la cara hacia nosotros!... ¡Yo me retorcí de risa!... Mi padre quería pegar a mi marido, mientras el portero le ayudaba a vestirse... Allí delante de nosotros... ¡Delante de nosotros!... ¡Y le abrochaba los tirantes!... ¡Estaba graciosísimo! ¡En cuanto a Rosa, perfecta... perfectísima!... y lloraba... lloraba muy bien. Te aseguro que es una joya... ¡Te la recomiendo si alguna vez te encuentras en mi caso!

Y aquí me tienes... que he venido a contarte inmediatamente el caso. ¡Ya soy libre! ¡Viva el divorcio!

Y empezó a bailar en medio del salón, mientras la baronesa, pensativa y preocupada, murmuraba:

—¿Por qué no me has invitado a ver eso?



¡SOLO!

Habíamos comido juntos varios amigos de buen humor, alegres y contentos. Uno de ellos, el más viejo de todos nosotros, me dijo:

—¿Quieres que subamos a pie la avenida de los Campos Elíseos?

Y salimos juntos siguiendo a paso lento el largo y anchuroso paseo bajo los árboles casi desprovistos de hojas. No se oía otro ruido sino ese tumor confuso y continuo que se escucha en París a todas horas. Un vientecillo fresco nos azotaba el rostro, y allá arriba el cielo obscuro, negro, cubierto de estrellas parecía sembrado de un polvo de oro. Mi compañero me dijo:

—No sé por qué respiro aquí de noche mejor que en ninguna otra parte. Me parece que mi pensamiento se ensancha. Hay momentos en que siento esa especie de luz en el entendimiento que hace creer, durante un segundo, que se va a descubrir el divino secreto de las cosas. ¡Pero pasado ese instante la luz se extingue... la ventana se cierra y se acabó!

De cuando en cuando veíamos deslizarse dos sombras a lo largo de los árboles, o pasábamos por delante de un banco donde estaban dos seres sentados uno junto a otro, y cuyas negras siluetas se confundían en una sola.

Mi amigo murmuró:

—¡Pobre gente! No es repugnancia el sentimiento que me inspiran, sino el de una inmensa piedad. Entre todos los misterios de la vida humana hay uno que yo he penetrado; el grande, el cruel tormento de nuestra existencia, proviene de que estamos eternamente solos, y todos nuestros esfuerzos, todos nuestros actos no tienden sino a huir esa soledad en que vivimos. Esos enamorados al aire libre que acabamos de ver sentados en esos bancos tratan, como, nosotros, como todas las criaturas, de hacer cesar ese aislamiento, aunque sólo sea durante un minuto: pero permanecen y permanecerán siempre solos, y nosotros también. Unos se aperciben más que otros de esa verdad; pero todos la comprenden.

¡Desde hace algún tiempo sufro yo el abominable suplicio de «haber comprendido», de haber descubierto la espantosa soledad en que vivo, y sé que nada,

¿entiendes?, nada puede hacerla cesar! ¡Sea cual fuere lo que intentemos o hagamos, cualesquiera que san los impulsos de nuestro corazón, el grito de nuestros labios, el abrazo de nuestros cuerpos, estamos siempre, siempre solos!

Yo te he arrastrado esta noche a este paseo para no volver tan temprano a mi casa, porque sufro horribilmente de la soledad que allí me rodea. Sí, te he arrastrado conmigo por eso; y ¿de qué me sirve? Yo te estoy hablando, tú me escuchas y estamos uno al lado del otro, pero solos. ¿Me entiendes?

«Bienaventurados los pobre de espíritu», dice la Escritura. ¡Ellos tienen la ilusión de la felicidad; no sienten nuestra solitaria miseria, no vagan como yo, por la vida, sin otro contacto que el de los codos, sin otra alegría que la egoísta satisfacción de comprender, de ver, de adivinar y de experimentar sin tregua ni reposo esa eterna sensación de aislamiento!

Me encuentras algo loco, ¿verdad?

Escúchame. Desde que he sentido la soledad de mi ser, me parece que voy hundiéndome cada día más en un sombrío subterráneo, cuya salida no veo, cuyo fin no conozco y que no tiene fondo quizá. Y allá voy, sin nadie a mi alrededor, sin ningún ser viviente que me acompañe en ese tenebroso viaje. Ese subterráneo es la vida. A veces oigo ruidos, voces, gritos... marchó a tientas hasta esos rumores confusos, pero jamás logro saber de dónde parten; no encuentro jamás a nadie, ni tropieza la mía con otra mano en esa oscuridad que me rodea. ¿Me comprendes? Hombres hay que han adivinado este atroz sufrimiento.

Musset ha dicho:

¿Quién viene?, ¿quién me llama? nadie...

Estoy solo; es el reloj que suena...

¡Oh, soledad!, ¡oh, miseria!

Pero en él no era sino una duda pasajera lo que en mi es una definitiva certidumbre. Musset era poeta; poblaba la vida de fantasmas, de sueños, de ilusiones. No estaba, pues, verdaderamente solo. ¡Yo... sí lo estoy!

Gustavo Flaubert, uno de los hombres más desgraciados de este mundo, por lo mismo que era uno de los más lúcidos, escribía a una amiga suya esta frase desesperante: «Todos vivimos en un desierto. Nadie comprende a nadie».

No, nadie comprende a nadie, piensen lo que piensen, digan lo que digan, intenten lo que intenten. La tierra ¿sabe lo que pasa en esas estrellas que miramos, arrojadas como granos de fuego a través del espacio, tan lejanas de nosotros que apenas percibimos la claridad de algunas, mientras las demás, las que no vemos, innumerables y perdidas allá en lo infinito están tan próximas unas de otras que forman tal vez un todo, como las moléculas de un cuerpo?

Pues bien, el hombre no sabe lo que pasa en otro cualquiera de sus semejantes. Estamos más lejos unos de otros que esos astros, sobre todo más aislados, porque el pensamiento es insondable.

¿Tienes tú idea de algo más horroroso que ese constante rozamiento con los seres

en cuyo pensamiento no podemos penetrar, a quienes no comprendemos? Nos amamos los unos a los otros como si estuviéramos encadenados, cerca muy cerca, con los brazos tendidos unos hacia otros, sin conseguir alcanzarnos con la punta de los dedos. ¡Nos sentimos dominados por una torturante necesidad de unión; pero todos nuestros esfuerzos permanecen estériles, nuestros abandonos inútiles, nuestras confianzas infructuosas, nuestros abrazos impotentes, nuestras caricias vanas. Cuando queremos entremezclarnos, nuestros impulsos no logran sino apartarnos más y más a los unos y a los otros!

Yo no me siento nunca más solo que cuando abro mi corazón a un amigo, porque entonces comprendo y aprecio mejor el infranqueable obstáculo. Ese hombre, ese amigo está ahí, enfrente de mí; ¡veo sus ojos claros fijos en los míos! pero su alma... ¡ah! su alma que se oculta tras de sus ojos... ¡no la conozco, no la veo! Mi amigo me escucha. ¿Qué piensa? Sí; ¿en qué está pensando? ¿Tú no comprendes este tormento? ... ¿Me odia quizá, o me desprecia, o se burla de mí? Mientras yo hablo él reflexiona en lo que le estoy diciendo y me juzga y me condena, estimándome tonto o vulgar. ¿Cómo saber lo que piensa? ¿Cómo saber si me aprecia, si me quiere como yo lo quiero... y lo que se agita en esa cabeza redonda? ¡Oh!, ¡qué misterio tan profundo es el pensamiento desconocido de un ser, el pensamiento oculto y libre, que no podemos conocer, que no podemos conducir, ni dominar, ni vencer!

Yo mismo he deseado ardientemente entregarme todo entero, abrir por completo las puertas de mi alma y no lo he conseguido: porque guardo allá en el fondo, muy en lo fondo, ese lugar secreto del Yo donde nadie penetra, que nadie puede descubrir porque nadie se me parece, porque nadie comprende a nadie.

Tú mismo, di, ¿me comprendes en este momento? No; tú me crees loco, ¡me examinas con desconfianza y te pones en guardia contra mí! Y te preguntas: «¿Qué tendrá ese hombre esta noche?». Pero si tú llegaras un día a palpar, si adivinaras este horrible y sutil sufrimiento, ven y chine tan sólo estas palabras: *¡Te he comprendido!* y me harás feliz, durante un segundo, quizá.

Son las mujeres quienes me hacen percibir aún más mi soledad.

¡Ah!, ¡miseria, miseria! ¡Cuánto he sufrido por ellas, puesto que ellas me han dado más frecuentemente que los hombres la ilusión de no estar solo!

Cuando se entra en el Amor parece que se ensancha el alma. ¡Se siente uno invadido por una idea sobrenatural! ¿Y sabes por qué? ¿Sabes de dónde procede esa sensación de inmensa felicidad? Únicamente porque uno se imagina que no está solo. El aislamiento, el abandono del ser humano parece que cesa... ¡Qué horror! ¡Más atormentada aún que nosotros por esa eterna necesidad del amor que roe nuestro solitario corazón, la mujer es la gran mentira de la ilusión!

Tú conoces muy bien esas deliciosas horas pasadas frente a ese ser de largos cabellos, de rasgos encantadores, y cuya mirada nos enloquece. ¡Qué delirio extravía nuestro espíritu! ¡Qué ilusión nos embarga los sentidos!

¡Parece que vamos a confundirnos con ellos, a no formar sino un todo, dentro de

un instante! Pero ese instante no llega nunca, y después de semanas y meses de espera, de ilusiones y de alegrías engañosas, un día se encuentra uno bruscamente solo, más solo de lo que se había estado hasta entonces.

Después de cada beso, después de cada abrazo, el aislamiento aumenta. ¡Y qué aflictivo es y qué espantoso!

Otro poeta, Sully Prudhomme, ha escrito:

Y pasadas esas caricias, esos transportes... ¡adiós! se acabó. ¡Apenas si se reconoce a esa mujer que ha sido todo para nosotros durante un momento de la vida y de la que, sin duda jamás hemos conocido el pensamiento interno y banal!

En esas mismas horas en que parece que, por virtud de un misterioso acuerdo de dos seres un absoluto compenetramiento de deseos y de aspiraciones, se ha logrado descender hasta lo más profundo de su alma... una palabra, un gesto a veces nos revela nuestro error, mostrándonos como un relámpago en la noche, el negro abismo que a ambos nos separa.

Y sin embargo, no hay en el mundo nada mejor que pasar una noche al lado de una mujer querida, sin hablar, casi completamente dichoso por la sola sensación de su presencia. No pidamos más, porque jamás se mezclan enteramente dos seres.

En cuanto a mí, ya tengo el alma cerrada. No digo a nadie lo que pienso, lo que creo, lo que amo. Sabiendo que estoy condenado a horrible soledad, miro las cosas sin jamás emitir mi parecer sobre ellas. ¡Qué me importan las opiniones, las querellas los placeres, las creencias! No pudiendo compartir nada con nadie, he llegado a desinteresarme de todo. Mi pensamiento invisible, permanece inexplorado. Tengo frases frívolas para responder a los interrogatorios de cada día y una sonrisa que dice «sí», cuando no quiero tomarme la molestia de hablar.

¿Me comprendes?

Habíamos subido la larga avenida hasta el arco del triunfo de la Estrella, y descendido luego hasta la plaza de Concordia, porque mi amigo había enunciado todo aquello lentamente, añadiendo aún otras muchas cosas de que ya no me acuerdo.

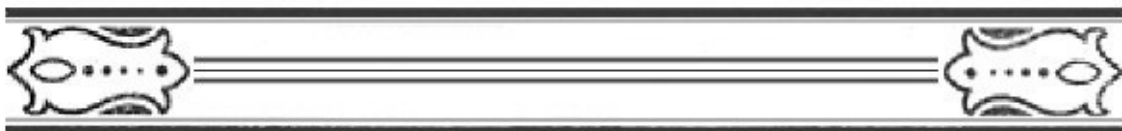
Se detuvo y, bruscamente, levantando su brazo hacia el obelisco de granito que se alzaba en medio de la plaza, perdiéndose en la obscuridad de la noche su largo perfil egipcio, monumento desterrado que lleva en su flanco escrita con extraños y misteriosos signos la historia de su país, mi amigo exclamó:

—Ahí tienes; nosotros todos somos como esa piedra...

Y se alejó de mí sin pronunciar una palabra.

¿Estaba borracho? ¿Estaba loco? ¿O estaba tal vez demasiado cuerdo?... No lo sé...

A veces me parece que tiene razón. Otras pienso que había perdido el juicio.



AMOR

Páginas del «Diario de un cazador»

... En la crónica de sucesos de un periódico acabo de leer un drama pasional. Uno que *la* ha matado y se ha matado después; es decir, uno que amaba. ¿Qué importan *él* y *ella*? Sólo su amor me importa; y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva, ni me haga soñar, sino porque evoca en mí un recuerdo de la mocedad, recuerdo extraño de una cacería en que se me apareció el Amor, como se aparecían a los primeros cristianos cruces misteriosas en la serenidad de los cielos.

Nací con todos los instintos y emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los razonamientos de la civilización. Amo la caza con pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome las manos, me hace desfallecer de gusto.

Aquel año, al final del Otoño, presentóse impetuosamente el frío, y mi primo Karl de Ranville invitóme a cazar con él, a la alborada patos magníficos en los pantanos de su posesión.

Mi primo, un buen mozo de cuarenta años, encarnado, con mucha vida en el cuerpo y muchos poles en la cara, semibruto y semicivilizado, de alegre carácter, dotado de ese *esprit gaulois* que tan agradablemente vela las deficiencias del ingenio, vivía en una especie de cortijo con aires de castillo señorial, escondido en un amplio valle.

Coronaban las colinas de la derecha y de la izquierda hermosos bosques señoriales, con árboles antiquísimos y poblados de caza excelente. Algunas veces se abatían allí águilas soberbias, y esos pájaros errantes, que raramente se aventuran en países demasiados poblados para su azorada independencia, encontraban en aquella selva secular asilo seguro, como si reconocieran en ella alguna rama que en otros tiempos les acogiera durante sus excursiones sin rumbo.

El valle estaba cubierto de exuberantes pastos, regados abundantemente, y señalando con la gradación en el calor el camino del pantano, allá a lo lejos, casi en el fondo de la finca.

Mi primo lo cuidaba con esmero digno del mejor de los parques, y con razón, pues era aquel pantano la mejor región de caza que he conocido. Entre aquellos innumerables islotes verdes que le daban vida había trazados arroyuelos estrechos, por los que se deslizaban las barcas, mudas sobre el agua muerta, frotando los juncos, ahuyentando los peces y a los pájaros, que desaparecían, éstos entre las espigas, aquellas entre las raíces de las altas hierbas.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y singularmente con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que lo envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte a los juncos, por el hervor casi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz; pero más aterrador a veces que el estruendo de los cañones, de los hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué será de lo que semeja los pantanos de los países del ensueño, a esas regiones espantables que ocultan un secreto inexcusable y peligroso?

No. Otra cosa es lo que de allí se desprende; un misterio más profundo, más grave, el que flota sobre aquellas brumas: ¡el misterio mismo de la creación quizá! ¡No fue en el agua sin movimiento y fangosa, en la humedad triste de la tierra, mojada bajo los colores del sol, donde vibró y surgió a la luz el primer germen de vida!

*
* *

Llegué por la noche a casa de mi primo. Hacía un frío que se helaban las piedras.

Durante la comida en la basta sala, donde los muebles y las paredes y el techo estaban cubiertos de pájaros disecados, y donde hasta mi primo, con aquella chaqueta de piel de foca parecía un animal exótico de los países helados, el buen Karl me dijo lo que había preparado para aquella misma noche.

Debíamos ponernos en marcha a las tres de la madrugada, con objeto de llegar a las cuatro y media al punto designado para la cacería. Allí nos habían construido una cabaña para abrigarnos de ese viento terrible de la mañana que rasga las carnes como una sierra, y la corta como una espada, y la hiere como una aguja envenenada, y la retuerce como unas tenazas, y la quema como el fuego.

Mi primo se frotaba las manos.

—Nunca he visto una helada como ésta —me decía.

Y a las seis de la tarde teníamos 12 grados bajo cero.

Apenas terminada la comida, me eché en la cama y me quedé dormido, mirando las llamas que regocijaban la chimenea.

A las tres en punto me despertaron. Me abrigué con una piel de carnero, y después de tomar cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copas de Cognac abrasador, nos pusimos en camino acompañados por un guarda y por nuestros perros «Plongeon» y «Pierrot».

Al dar los primeros pasos, me sentía helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial hace tanto daño, que parece palpable; no lo agita soplo alguno; diríase que está inmóvil; muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos, que caen muertos sobre el suelo duro y se endurecen en seguida por el fúnebre abrazo del frío.

La luna, en el último cuarto, pálida, parecía también desmayada en el espacio; tan débil, que no le quedaban ya fuerzas para marcharse y se estaba allí arriba inmóvil, paralizada también por el rigor del cielo inclemente. Repartía sobre el mundo luz apagadiza y triste, esa luz amarillenta y mortecina que nos arroja todos los meses al final de su resurrección.

Karl y yo íbamos uno al lado del otro, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta debajo del brazo. Nuestro calzado, envuelto en lana a fin de que pudiéramos andar sin resbalar por la escurridiza helada tierra, no hacía ruido ninguno: y yo iba contemplando el humo blancuzco que producía el aliento de nuestros perros.

Pronto estuvimos a la orilla del pantano, y nos internamos por una de las avenidas de juncos que lo rodean.

Nuestros codos, al rozar con las largas hojas del junco, iban dejando en pos de nosotros un ruidillo misterioso que contribuyó a que me sintiese yo como nunca poseído por la singular y poderosa emoción que hace siempre nacer en mí las proximidades de los pantanos.

Aquél en el cual nos encontrábamos, estaba muerto, muerto de frío.

De pronto, al revolver una de las calles de juncos, apareció a mi vista la choza de hielo que habían levantado para ponernos al abrigo de la intemperie. Entré en ella, y como todavía faltaba más de una hora para que se despertaran las aves errantes que íbamos a perseguir, me envolví en mi manta y traté de entrar un poco en calor.

Entonces, echado boca arriba, me puse a mirar a la luna, que, vista a través de las paredes vagamente transparente de aquella vivienda polar, aparecía a mis ojos con cuatro cuernos.

Pero el frío del helado pantano, el frío de aquellas paredes, el frío que caía del firmamento, se metió hasta mis huesos de una manera tan terrible que me puse a

toser.

Mi primo Karl, alarmado con aquella tos, me dijo lleno de inquietud:

—Aunque no matemos mucho hoy, no quiero que te constipes; vamos a encender lumbre.

Y dio orden al guarda para que cortara algunos juncos.

Hicieron un montón de ellos en medio de la choza, que tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo; y cuando la llama rojiza empezó a jugar por las cristalinas paredes, éstas empezaron a fundirse suavemente y muy poco a poco, como si aquellas piedras de hielo echaran a sudar.

Karl, que se había quedado fuera, me gritó:

—Ven a ver esto.

Yo salí y me quedé absorto de asombro. La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas; las de nuestros perros, que se estaban calentando.

Un graznido extraño, graznido errante, perdido, se oyó allí en lo alto, por encima de nuestras cabezas. El reflejo de nuestra hoguera despertaba a las aves salvajes.

No hay nada que me conmueva tanto como ese primer grito de vida que no se ve y que corre por el aire sombrío, rápido, lejano, antes de que se aparezca en el horizonte la primera claridad de los días de invierno. Me parece, a esa hora glacial del alba, que ese grito fugitivo, escondido entre las plumas de un pajarraco, es un suspiro del alma del mundo.

—Apagad la hoguera —decía Karl—, que ya amanece.

Y en efecto, comenzaba a clarear, y las bandadas de patos formaban amplias manchas de color, pronto borradas en el firmamento.

Brilló un fogonazo en la obscuridad; Karl acababa de disparar su escopeta; los perros salieron a la carrera. Entonces, de minuto en minuto, unas veces él, otras yo, nos echábanlas la escopeta a la cara en cuanto por encima de los juncos aparecía la sombra de una tribu voladora. Y «Pierrot» y «Plongeon», sin aliento, gozosos, entusiasmados, nos traían, uno tras otro, patos ensangrentados, que, moribundos, nos miraban melancólicamente.

Había amanecido. Había amanecido un día claro y azul; el sol iba levantándose allá, en el fondo del valle; y ya nos disponíamos a marcharnos, cuando dos aves, con el cuello estirado y las alas tendidas, se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas. Tiré; una de ellas cayó a mis pies. Era una cerceta de pechuga plateada. Entonces se oyó un grito en el aire, grifo de pájaro, que fue un quejido corto, repetido, desgarrador; y el animalito que había salvado la vida empezó a revolotear por encima de nuestras cabezas mirando a su compañera, que yo tenía muerta entre mis manos.

Karl, rodilla en tierra, con la escopeta en la cara, la mirada fija, esperaba a que estuviese a tiro.

—¿Has matado a la hembra? —dijo—. El macho no se escapará.

Y, en efecto, no se escapaba. Sin dejar de revolotear por encima de nosotros, lloraba desconsoladamente.

No recuerdo gemido alguno de dolor que me haya desgarrado el alma tanto como el reproche lamentable de aquel pobre animal, que se perdía en el espacio.

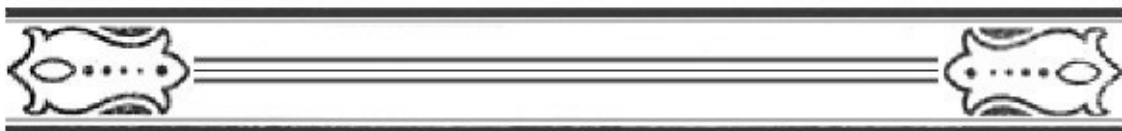
De cuando en cuando huía bajo la amenaza de la escopeta, y parecía dispuesto a continuar su camino por el espacio. Pero no pudiendo decidirse a ello, pronto volvía en busca de su hembra.

—Déjala en el suelo —me dijo Karl—; verás cómo se acerca.

Y así fue; se acercaba, inconsciente del peligro que corría, loco de amor por la que yo había matado.

Karl tiró: aquello fue como si hubiera cortado el hilo que tenía suspendido al ave. Vi una cosa negra que caía; oí el ruido que produce al chocar con los juncos, y «Pierrot» me la trajo en la boca.

Metí al pato, frío ya, en un mismo zurrón... y aquel mismo día salí para París.



UNA ESTRATEGEMA

El médico y la enferma charlaban al lado del fuego que ardía en la chimenea.

La enfermedad de Julia no era grave; era una de esas ligeras molestias que aquejan frecuentemente a las mujeres bonitas: un poco de anemia, nervios y algo de esa fatiga que sienten los recién casados al fin de su primer mes de unión, cuando ambos son jóvenes, enamorados y ardientes.

Estaba medio acostada en su *chaise-longue* y decía: —No, doctor; yo no comprendo ni comprenderé jamás que una mujer engañe a su marido. ¡Admito que no le quiera, que no tenga en cuenta sus promesas, sus juramentos!... Pero ¿cómo osar entregarse a otro hombre? ¿Cómo ocultar eso a los ojos del mundo? ¿Cómo es posible amar en la mentira y en la traición?

El médico contestó sonriendo:

—En cuanto a eso, es bien fácil. Crea usted que no se piensa en nada de eso; que esas reflexiones no le ocurren a la mujer que se propone engañar a su marido. Es más: estoy seguro que una mujer no está preparada para sentir el verdadero amor, sino después de haber pasado por todas las promiscuidades y todas las molestias del matrimonio que, según un ilustre pensador, no es sino un cambio de mal humor durante el día y de malos olores durante la noche. Nada más cierto. Una mujer no puede amar apasionadamente, sino después de haber estado casada.

Si se pudiera comparar con una casa, diría que no es habitable hasta que un marido ha secado los muros.

En cuanto a disimular, todas las mujeres lo saben hacer de sobra cuando llega la ocasión. Las menos experimentadas son maravillosas y salen del paso ingeniosamente en los momentos más difíciles.

La joven enferma hizo un gesto de incredulidad y contestó:

—No, doctor; no se le ocurre a una sino después, lo que debió haber hecho en las circunstancias difíciles y peligrosas; y las mujeres están siempre mucho más expuestas a aturdirse, a perder la cabeza que los hombres.

El médico exclamó con acento asombrado:

—¡Al contrario, señora! Nosotros somos los que tenemos la inspiración *después...* ¡pero ustedes!... Mire usted, voy a contarle una aventura que le sucedió a una clienta mía, a la que yo creía impecable, una verdadera virtud salvaje. El suceso ocurrió en una capital del provincia.

Una noche dormía profundamente y entre sueños me parecía oír que las campanas de una iglesia próxima tocaban a fuego.

De pronto me desperté; era la campanilla de la puerta de la calle que sonaba desesperadamente; como mi criado parecía no responder, agité a mi vez el cordón que pendía junto a mi cama y a los pocos momentos el ruido de puertas al abrirse y cerrarse precipitadamente y el de unos pasos en la habitación inmediata a la mía, vino a turbar el silencio de la casa. Juan entró en mi cuarto y me entregó una carta que decía: «Madame Selictre ruega con insistencia al doctor Sileón que venga inmediatamente a su casa, calle de... número...».

Reflexioné unos instantes; pensaba: Crisis de nervios, vapores, ¡bah... bah!... tengo mucho sueño. Y contesté: «El doctor Sileón, encontrándose enfermo, ruega a su madame Seliectre tenga la bondad de dirigirse a su colega el doctor Bonnet». Puse la carta dentro de un sobre, se la entregué a Juan y me volví a dormir.

Apenas había transcurrido media hora, cuando la campanilla de la calle sonó de nuevo y mi criado entró diciéndome: —«Ahí está una persona, que no sé a punto fijo si es hombre o mujer, tan tapada viene, que desea hablar en el acto con el señor. Dice que se trata de la vida de dos personas».

—Que entre quien sea —dije, sentándome en la cama. Y en aquella postura esperé.

Una especie de negro fantasma apareció, y cuando Juan hubo salido se descubrió. Era madame Berta Selectri, una mujer joven, casada desde hacía tres años con un rico comerciante de la ciudad, que pasaba por haberse unido a la muchacha más bonita de la provincia.

Aquella mujer estaba horriblemente pálida y tenía ese semblante crispado de las personas dominadas por el más profundo terror: sus manos temblaban; dos veces trató de hablar: ningún sonido salió de su garganta. Al fin balbuceó: —«Pronto... pronto... doctor... venga usted. Mi amante acaba de morir en mi propia habitación...».

Medio sofocada se detuvo; después repuso: «Mi marido va... va a volver del casino...».

Salté de la cama sin pensar que estaba en camisa y en pocos segundos me vestí.

—¿Es usted misma quien ha venido hace un rato?

Ella, de pie, como una estatua, petrificada por la angustia, murmuró: «No... ha sido mí doncella... ella lo sabe...». Después de un silencio, continuó: «Yo me quedé... *a su lado...*». Y una especie de grito de horrible dolor salió de sus labios y rompió a llorar desconsoladamente, con sollozos y espasmos durante dos o tres minutos; de pronto sus suspiros cesaron, sus lágrimas cesaron de brotar como si las

hubiera secado un fuego interior; y con un acento trágico dijo: «Vamos pronto».

Yo estaba ya vestido, pero exclamé: «Demonio, no me he acordado de dar la orden de enganchar la berlina...». Ella respondió: «Yo he traído coche... El *suyo* que le esperaba a la puerta de mi casa». Berta se envolvió, ocultando la cara bajo su abrigo y salimos.

Cuando estuvo a mi lado en la obscuridad del coche, me cogió una mano, y oprimiéndola entre sus finos dedos balbuceó con sacudidas en su voz que reflejaban la angustia de su corazón destrozado: «¡Oh, amigo mío! ¡Si usted supiera cuánto sufro! ¡Le quería, le adoraba con locura, como una insensata, desde hace seis meses!».

Yo la pregunté: «¿Están despiertos en su casa de usted?». Berta contestó: «No, nadie, excepto Rosa, que está enterada de todo».

El carruaje se detuvo a la puerta de su casa; todos dormían en efecto; entramos por una puerta excusada y subimos hasta el primer piso sin hacer ruido. La doncella, azorada, estaba sentada en tierra en lo alto de la escalera, con una vela encendida y colocada sobre el suelo, no habiéndose atrevido a permanecer al lado del muerto.

Penetramos en la habitación, que se encontraba en el mayor desorden, como después de una lucha. La cama estaba completamente deshecha y una de las sábanas caía sobre la alfombra; toallas mojadas que habían servido para frotar las sienes del amante, yacían en tierra al lado de un cubo y de un jarro de agua. Un singular olor de vinagre mezclado a esencia de Loubin se esparcía por la atmósfera. El cadáver estaba extendido boca arriba en medio de la habitación. Me acerqué a él, le observé, le pulsé, abrí sus ojos, palpé sus manos; después, volviéndome hacia las dos mujeres que temblaban en un rincón del cuarto, las dije: «Ayúdenme ustedes a llevarle hasta la cama». Le colocamos suavemente sobre el lecho: le ausculté el corazón, coloqué un espejo junto a su boca y murmuré: «No hay nada que hacer, vistámosle pronto:»

Fue aquella una escena terrible. Yo iba cogiendo uno tras otro sus miembros y los dirigía hacia los vestidos que acercaban las dos mujeres. Le pusimos las botas, los pantalones, el chaleco, después el frac, donde nos costó mucho trabajo lograr hacer entrar los brazos. Las dos mujeres se pusieron de rodillas para abrocharle los botones de las botas: yo las alumbraba con una vela, pero como los pies se habían hinchado un poco, aquella tarea se hizo horriblemente difícil. La dificultad era mayor, porque no habían encontrado a mano el abrochador, las mujeres tuvieron que hacer uso de sus horquillas.

Tan pronto como estuvo terminada la horrible *toilette*, contemplé nuestra obra y dije: «Convendría peinarlo un poco». La doncella trajo el peine y el cepillo de su ama; pero como temblara y arrancase, con movimientos involuntarios, los cabellos largos y desordenados del cadáver, madame Selicre se apoderó violentamente del peine y alisó la cabellera con suavidad, con dulzura, como si estuviera acariciando una cabeza viva.

Le sacó la raya, le cepilló la barba y retorció los bigotes con sus manos, como

tenía costumbre, sin duda, de hacerlo en sus amorosas familiaridades.

De pronto, arrojando lo que tenía en las manos, cogió la cabeza inerte de su amante y clavó una intensa y desesperada mirada en aquella cara inmóvil; después, dejándose caer sobre él, comenzó a abrazarle y a besarle furiosamente. Sus besos caían como golpes sobre su cerrada boca; sobre sus apagados ojos, sobre sus sienes y su frente... Y acercándose a su oído, como si hubiera podido escucharla, balbuceó, repitiendo diez veces seguidas con un acento desgarrador:

—«Adiós, amor mío; adiós, amor mío...».

Un reloj dio las doce.

Yo sentí un estremecimiento: «¡Las doce ya!..., la hora en que cierran el casino... ¡Vamos, señora, energía!».

Madame Selictre se puso en pie.

—«Llévemole al salón» —ordené a las dos mujeres; le trasladamos entre los tres y le sentamos en un sillón, después encendí las luces.

Apenas había terminado esta operación, cuando la puerta de la calle se abrió y se cerró pesadamente. Era el marido que volvía.

—¡Rosa —grité—; traiga usted las botellas y el cubo y arregle usted un poco el cuarto de la señora; pronto, despáchese usted que ya llega Mr. Selictre...!

Yo oía los pasos que subían, que se acercaban... Unas manos en la sombra, palpaban los muros... Entonces dije en alta voz: «Por aquí, por aquí, Mr. Selictre; ha ocurrido un accidente desgraciado».

Bajo el dintel de la puerta apareció el marido, estupefacto, con un cigarro en la boca y preguntando: «¿Qué? ¿Qué es?... ¿Qué sucede?...».

Fui hacia él y le dije: «Querido amigo, aquí me tiene usted en un gran compromiso. He venido algo tarde con X... a charlar un rato con su mujer de usted. De pronto X... se ha desmayado, y, a pesar de nuestros cuidados, hace dos horas que permanece sin conocimiento. No he querido llamar a nadie estando yo aquí... Ayúdeme usted a bajarlo hasta el coche; voy a llevarle a su casa y allí podré cuidarle mejor...».

El marido, sorprendido, pero sin la menor desconfianza, se quitó el sombrero y tomó por debajo de los brazos a su rival; ya inofensivo. Yo lo cogí por las piernas y comenzamos a bajar la escalera alumbrados por la mujer.

Cuando llegamos delante de la puerta procuré enderezar el cadáver, hablándole para engañar al cochero: «Vamos, amigo mío, esto no será nada, se siente usted ya mejor, ¿verdad? Vamos, un poco de valor, haga usted un esfuerzo...».

Como yo comprendía que se iba a desplomar, como sentía que se escurría entre mis manos, le di un empujón con el hombro que lo echó hacia delante, cayendo dentro del coche; yo subí tras él.

El marido, inquieto, me preguntó: —«¿Cree usted que será grave?». —«No» —contesté sonriendo para tranquilizarle, y miré a su mujer. Ésta había apoyado su brazo en el de su marido legítimo y tenía la mirada fija en el fondo oscuro del coche...

Les dije adiós y di al cochero orden de partir. Durante todo el camino llevé apoyada sobre mi hombro lo cabeza del muerto.

Cuando lleguemos a su casa dije que había perdido el conocimiento dentro del coche.

Le ayudé a subir a su cuarto, donde certifiqué la defunción y allí tuve que representar otra comedia ante la familia acongojada del dolor... Después me volví a mi casa y me metí en la cama, renegando de los enamorados.

.....

El doctor calló, siempre sonriente.

La joven, crispada, preguntó:

—¿Por qué me ha contado usted esa historia tan horrible?

El médico, saludando galantemente, contestó:

—Para ofrecerla a usted mis servicios si llega el caso.